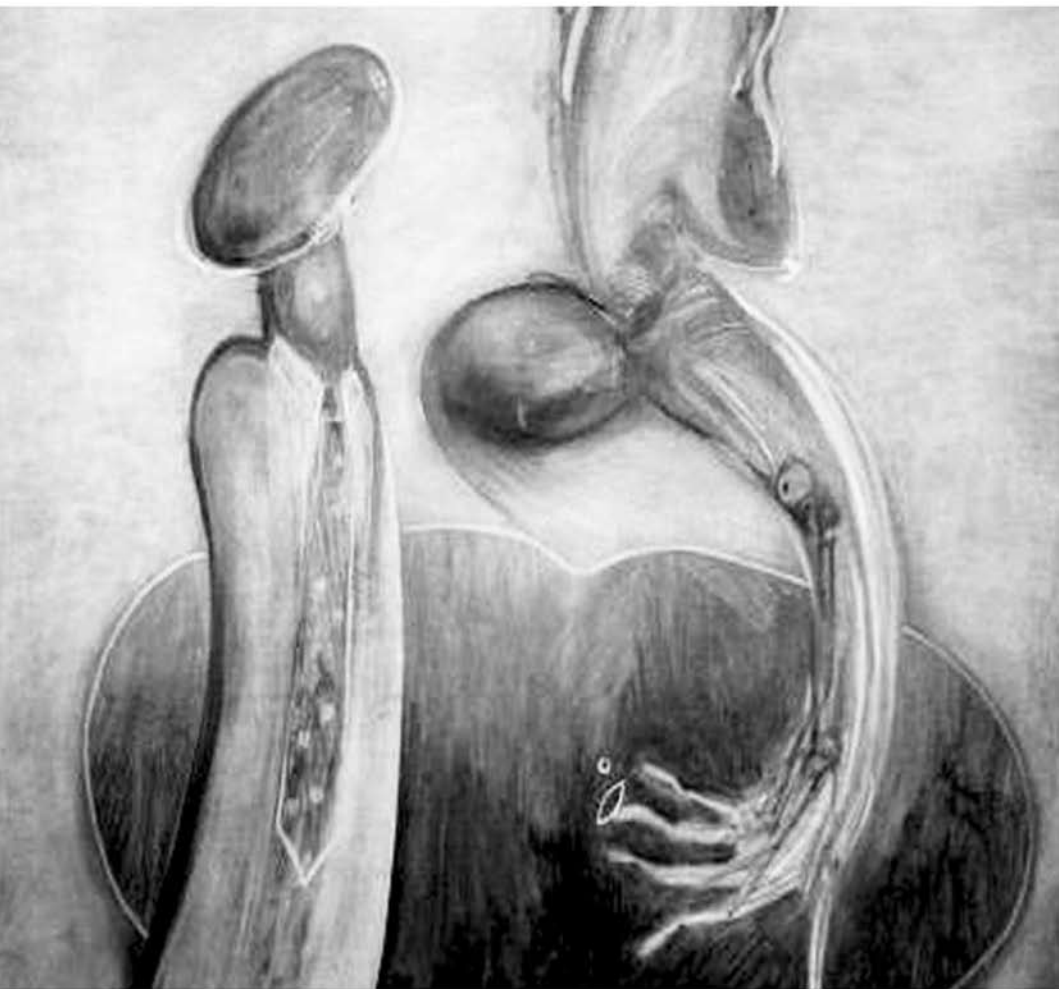




LA LENGUA ES UN OJO QUE EN-CALLA



Patricio Bruna Poblete



PATRICIO BRUNA POBLETE

Valparaíso, 1959. Licenciado y Maestro en Arte con mención en Pintura de la Escuela Municipal de Bellas Artes de Valparaíso. Posee Estudios de arquitectura 1980-1982. Como artista visual ha participado, desde 1982 en más de 300 exposiciones individuales y colectivas en diversas ciudades de Chile, como así mismo en el extranjero; Ciudad de México, 1999; Buenos Aires 1996; Santa Fe, Argentina, 2001; La Habana, Cuba, 2003. En 1994, forma parte del grupo Pintores Portugueses de Valparaíso. Actualmente forma parte del Centro de Investigaciones Poéticas Grupo Casa Azul.

Como escritor es parte de la Revista “Botella del Náufrago” del mismo Grupo. Ha publicado Dibujos de la sombra, su primer poemario presentado por el Grupo Casa Azul, el 2009 bajo el Proyecto, “Los Incunables”, libros únicos.

Parte de su trabajo poético aparece en el libro chileno-español Antología Irregular en tonos Blancos y Azul, un proyecto conjunto de la agrupación literaria de Elche, Alicante; El Picudo Blanco y el Grupo Casa Azul (Alicante, 2009 - Valparaíso, 2010). Algunos de sus poemas y ensayos han sido incluidos en distintos sitios web y en revistas extranjeras y nacionales.

Como gestor cultural ha participado y dirigido proyectos de intervención vecinal como ciclos de cine, presentaciones de libros, lecturas poéticas, exposiciones de pintura, talleres audiovisuales, coloquios, ferias del libro, etc. También ha sido jurado en el concurso regional de cuento y poesía joven de la Dirección de Extensión y Comunicaciones de la Universidad de Playa Ancha durante dos años consecutivos. Publica en 2011, junto al Grupo Casa Azul, el libro compilatorio Plano Inclinado, que reúne seis proyectos escriturales del grupo.



LA LENGUA ES UN OJO QUE EN-CALLA

Patricio Bruna Poblete



CENTRO DE INVESTIGACIONES POÉTICAS
GRUPO CASA AZUL

La lengua es un ojo que en-calla

Patricio Bruna

Valparaíso, diciembre de 2011

www.grupocasaazul.blogspot.com

Portada: “Mudo y ciego cortejo”, Patricio Bruna, 2008

Contraportada: “Anulando el juego”,
óleo sobre tela, Patricio Bruna, 2008

Ediciones de La Picadora de Papel

Colección Poesía

Olmué, Chile

www.lapicadoradepapel.blogspot.com

Impreso en los talleres de Nihil Obstat, Olmué

Se permite la reproducción y copia de este material
siempre y cuando sea sin fines de lucro
y se mencione la autoría original.



La Picadora de Papel

Poesía
COLECCIÓN

El más peligroso de los bienes

Desde el nombre que reúne estos 79 poemas se anuncia lo que Heidegger afirma del decir filosófico “el pensamiento mira escuchando”. A sabiendas que el lenguaje es “el más peligroso de los bienes”. Bruna es consciente de este peligro, logrando expresar ese riesgo al precio de llevar al lenguaje a dar cuenta de su propio fracaso: lengua, ojo y en-callar resumen lo que podríamos llamar el ahogo de la lengua en las humedades del ojo. La cercana vivencia del océano desde Valparaíso arroja un plus de significación a ese encallar, que no es necesariamente hundimiento, es también silencio, indecibilidad y riesgo. Es cierto, la poesía es el lugar por excelencia de la metafísica, es decir, del ser.

Los escritos de Bruna son parcos, fragmentarios como el devenir de la conciencia, asistimos a una suerte de conversación ajena que nos ofrece leves señas de familiaridad. El ser se nos ofrece aquí como presencia de un lenguaje del desarraigo, de los quiebres históricos, pero también como pérdida de la unidad del sujeto, es el lenguaje de la memoria que enuncia caóticamente lo vivido. Las referencias a la pintura tales como la Mona Lisa de da Vinci, a Seurat, a Miguel Angel, etc.; a la literatura —Samsa, de Kafka; Godot de Becquett, etc.—, al cine, a la historia reciente más testimonial —desde el golpe de estado del ‘73 a la fecha— y otras, van modulando un campo de cercanías intertextuales; breves pistas que ofrecen al lector una falsa cercanía, ya que no son aquellas los objetos finales del poema, sino el magma mismo del lenguaje en distintos sustratos, en cómo se articula y tensiona, para acceder así a una cierta emoción escondida en estas capas, en esta alteridad.

No nos encontramos frente al lenguaje de la antipoesía, dada su común coloquialidad, por el contrario, aquí el lenguaje común nos habla prescindiendo de ostentar plenamente su carga emotiva; en Parra el recurso al humor es constante, aquí el lenguaje es parco, no lo entusiasma el chiste ni las emociones asociadas a lo trágico como desarrollo temático, están pero como leves acentos pues se difuminan dentro de la totalidad más diversa del poema. Tampoco el texto se ordena a partir de un principio unitario,

se mueve desde la libertad, es decir, su cercanía es lo propiamente conversacional, se regala al otro por el puro gusto de construirse en las palabras. Creo que bien vale la pena dejarse en-callar en los textos de Patricio Bruna pero con los ojos bien abiertos.

TIRSO TRONCOSO S.

Licenciado en Filosofía

Comunidad Ecológica de Peñalolén

Fantasmas que reímos

Pisa la alfombra, lo blando no libera
la tensión; luego ríe... desaparecería. Desapareció
sin avisar. De las regiones
de sus olvidos hizo como si nada; no te molestes,
suele comportarse así a menudo, nada personal. Una serie
nunca confesada de imágenes relacionadas con su desengaño. Al parecer
le atormentan más de lo que jamás quisiese. Allí

es que él desconcierta, nosotros le disculpamos
siempre que su rostro lo acusa,
ese mismo abismo
luego, cuando él vuelve, hacemos como si nada,
empezando por él mismo. Una silente caravana
de fantasmas que reímos y nos congraciamos
del peso de nuestras muertes que no acertamos
en advertir. Tiempo... Es el tiempo densamente falso
de este aire de eternidad. Ella no quiso

y fue así que desertó, quién sabe si viva
y la foto de su velador que porfía
este rostro, es un vago supuesto
que gusto de imaginar... Los pilotos
que ajustan sus guerreras, queríamos como ellos
ser. En la película

muda del recuerdo... Porque asusta
de sus labios sellados esa
inmóvil blandura de aguda melancolía que
repta subrepticia como niebla. Cobra
como un inaudito saldo de hipnóticos ojos
amarillos de una efímera vida más liviana y feliz
que ya no volverá.

Por el claro

Nos apresuramos,
en esto —¿tienes que impedirlo?— insistía. Con el otro
camino. Es
que nos acostumbramos. ¡Una seña!
difusa compone el centro
del cuadro. Sí. Acostumbramos recaer
—reconocía— involucrando al resto:

La mancha construye nuestro paisaje
sin recurrir a la línea. Su dibujo
es una filigrana sin bordes desatada,
laberíntica, invisible, pero única vía al fin
que traza el azar de estoques en la instintiva defensa del espadachín
y que luego solo acierta en contraatacar
por el claro que esta virtual madeja de enredos le deja...
hablaba así... el pintor se le salía. Pero,

no colaboró. ¡Qué pena! De inmensidades
son trocitos. Se esparcen por el mantel puntillista
esta mañana de desayuno... Somos las migajas que dejamos
escapar, desprendiéndose de lo que no acaba
en nuestras bocas. Precisamente

como residuos de nuestra conversación
tardamos otro tanto todavía
en volver del otro
camino. Con nosotros. Otro intento
canta... El pajarito en la ventana. Un buen augurio
al margen de esta composición, para un boceto,
dijiste. Aunque no lo ves.
Sí, ya se fue. No, no se despidió.

Aquella serena simpleza

Es como si no hubiese pasado
nada de todo esto, así todo
borrado sentenciaba el sueño su vacío: dirijase derecho
por allí queda, se nos dijo. Y volvíamos
del revés a declamar, pero
toda esa seria intención reconvertía en aspaviento,
un mero acto decorativo: la pareja teniendo sexo explícito
pudo ser la secuencia vacía del primer acto; así y todo

no estaba claro si formábamos parte, pero de aquella obra
estábamos confinados; una actoral destreza fría convenía
desplegar hacia el regreso de un estado consciente, alerta,
donde fuese posible ser uno mismo y... dejar de actuar

en virtud de aquella serena simpleza, por cuanto desconcierta
en lo sedado el nocturno canto de un búho, visita lacónica
merodeadora asidua fardos arrumbándonos
el recuerdo, jirón lengua oscura muda pernoctante

obligada a... Sí, por allí queda, se nos insistía. Y volvíamos
en tanto amanecía. El teatro quedaba
—tarde lo hemos sabido— en uno mismo,
demasiado cerca para evadirlo. Y este segundo acto no es un fin
en sí mismo... Una suerte de obliteración nos hace su

compañía: hay un registro, inscripciones mudas
aunque no las pedimos. Las tablas
dicen, sus mil pisadas, son... este sueño vaciado.
Godot no llegó. Nunca llegará.

El horror después de todo

Me reservo el derecho. Tú... lo podrías convencer,
él no acostumbra fermentar una buena acción
al sol; las graderías estaban en algún momento
llenas, pero la gente se fue. La función vacía
grita acompañada de un estornudo —a coro—
que no es tal, que nunca lo ha sido. Pudiste revisar,

además de los boletos, tal función, el dispositivo bajo el cedro:
su buena sombra en verano, puntualmente allí debiera estar
por toda esa estación. ¿Te acuerdas? Salíamos del bus
atolondradamente; siempre nos parecieron magia esas vacaciones
de niños. Buscadores de tesoros, en el dorso del mapa

su lenguaje se torna oscuro pero revelador, incide ya mayores
en-cíclica procesión: un papa de Bacon por sobre la fe pintado
el horror... Después de todo... no es una mala temática, fíjate,
el dólar seguirá bajando y... ya no estarías más por las nubes
también, no debieras esperar ni un poco más para cambiar
los tuyos. Ellos te lo agradecerán, en cualquier caso,

no sabrán el cómo ni el porqué... claro que si es mucha la dilación
tampoco sabrán el cuándo... de la ironía. Ella reza
en el manicomio con su ajuar de novia completo, pobrecita,
¡algún día se casará! piensa... Piensa
que su locura sí puede ser un acto de vida bellamente lúcido. Las togas
cubren a toda nuestra promoción con un dejo aséptico,
mientras tanto la graduación recibe aplausos, ya sabes,
los invitados, el protocolo... nos exigen.

Estaremos convencidos —acá están los títulos universitarios— si hay calma,
ella, esa misma calma, tediosamente nos induce a aceptar

los más adversos dictámenes
de una mejor manera; por de pronto, afirmaba con sus ojos
en una venia antes de leer
cada vez que le era posible. Se acomodaba entonces
para seducir en su lencería
de vampiresa; ¡esos sí fueron buenos tiempos! Realmente
ella pudo darnos una sorpresa grande, grande,

no solamente personajillos corrientes, sino empresarios o políticos
de ocho brazos pudieron caer... Sus tentáculos infectos
¿podrían considerarse para una sana catarsis
antropofágica? Madame, bonsoir. Mándeme
sus datos por correo, sesione ritualmente con la cámara
del computador: tome una silla, le servirá,
aunque virtualmente no se pueda descansar
en ella. Pero, ¿qué tipo de ilusión
es esta? ¿La fe de iglesias
pero así, en general, continúa no siendo un pecado? Por lo pronto
una buena acción madura
hoy no se fía, mañana sí.

Jamás se lo creyeron

Poco sabía yo, pero era así que pintaba
para otra ocasión
una desastrada comedia; uno nunca sabe
estar tan seguro. El pan
hay que comprar
para la noche, no hay qué comer
para la cena. Tanto que insististe y
nadie se acordó. Pues sí... Rompió con él. ¿Tú no lo supiste?

En todo caso no te fíes...Rogará
por una, estoy segura. Y no sientas pena
por mí; la lástima ajena, y más la propia, resulta ser
un bálsamo fatal. Copiosamente devienen sus agujas
y realmente no te las querrías.
Cuando lo supo calló, era lo esperable... Abismada...
una media vuelta de tauromaquia y
el puñal de su odio la espada inmisericorde del torero. Y

sí, el ruedo siempre estuvo allí, solo que no se veían
en él; desgastaron más de una década. Creo

que jamás se lo creyeron. Tampoco nosotros
voyeristas sin la mala intención de serlos. Terminó luego y salgo —dijo—
de esta arena, aunque no es tu turno aún... Y la rendija era
su inocencia confesional, sangría colando
para su banal pesquisa,
volteándose en una flagrante verónica que
acompañamos. Ahora con culpa. No, para mañana...
tampoco habrá quien prepare la cena. Y

ahora que lo pienso mejor ... el no saber
tampoco vale en el frutero
al centro de la mesa como excusa. Aunque la piña... sí,
se ve muy decorativa. En fin... Otra naturaleza muerta,
algo que pintar.

Esperar la vuelta del reflejo

Vi surgir la edad final de la operada pobre ilusión
disponer su puesta en escena, recoger aquello
que le era más familiar, basando su actuar
en motivos muy, muy simples. Pero la dedicatoria

definía su lugar, y el epígrafe otro lugar común. Una
máscara, habida cuenta de sí misma, sitúa nuestro espejo;
solo resta esperar la vuelta del reflejo: sí, ahí,
ahí, déjalo ahí con esa inclinación; ¿creerás que ya
no me duele?... La luz del sol

se cuela como urticaria por la ventana
sobre la piel. Lindas piernas a raudales
tiene la enfermera; el otro gracioso elemento
oscuro de esta comedia, intermite como signo triángulo público
sobre las cabezas de las butacas

aunque el respetable crea que solo participa del deseo parodiado
pasivamente como mero objeto espectador...Mas un voyeur. Porque
¿quién elige en lo que se transforma
sin dejar de verse? Gregorio Samisa lo sabía,
tenía las horas contadas.

Una empresa de ficción

Dice no tener precio, pero se precipita por su costado,
arde, en el descuento, en deseos de ser
la más bella: ¿ves? Era que nunca mestizarse,
así lo confesaba ella. ¿Sabe?, de estas cosas
podríamos estar hablando toda la vida. Ciertamente, calló,
esa era su verdad a medias. Era lo mejor, después
sería todo obsecuencias, todo por conservar
la bendita imagen, claro, ir a la moda.

No, que no te extrañe, esto suele acontecer en veredas
muy transitadas, como en el pelo largo, desde aquí se ve
solo como glamur o belleza artificial, pero mejor llamémosle
una empresa de ficción o de noción solo signica, en definitiva
mientras más largo, peor,
harto difícil de cuidar. Por lo que se sale en el desborde

murmuraba sus escritos de memoria. Una noche
nos encontramos de sopetón, imprevistamente íntimos,
resoplaba loba celosa por sus cachorros en cierta parte
de estas líneas, pero impávida, me dijo: esto se hace así,
sutilmente. Luego podrán llamarle evasión, pero,
resultaba evidente, si era la cosa más normal del mundo, aspirar
por uno, después por el otro,
¡cómo no lo pensé antes!, una visita placentera
de golpe por las narices. Y

recorrimos la ciudad apurados endémicos
en un tour persiana al sesgo, consta
en este espacio franjas horizontales
para modular, el taniz de nuestras sombras. La cajita de cosméticos
en la cartera, no la olvides,

tenemos que bajar. Aunque la fiesta
se puede prolongar... ¿Hey, vamos
por otra noche más? Por el costado,

por su costado
su paso va al vacío, ella,
ella bien parece saberlo.

En algún momento

Pero el karma destituye tu responsabilidad
frente a los hechos concretos, la friolera de
¿cuántas vidas para que sea así
será la más costosa inversión
para renovar el techo de la casa,

por la fatiga del material
del cuerpo... a la fatiga inmaterial del alma?
El nuevo ensamble apretando hacia el centro
desde ambos extremos de los contingentes conceptos

de vida y muerte
nuestra presencia
yace: un dejo de nostalgia
un cerrojo de aire
poblando de nada la mirada, caigo,
cojo tierra, la palpo,

afligir el trance de repetir uniones disfuncionales. Una carta hubo
en algún momento, anuncio, despedida,
la intolerancia frenaba actitudes más humildes,
por cierto; sí, sí, de acuerdo,
pero tu buen trato no te exime, me increpó

con su dedo michelangelesco apuntándome ¡Dios!
desde el techo de la Sixtina:
con el fulminante rayo de Zeus deliro,
con el rayo que no cae en un despoblado
sino en mi cabeza,
está la traspuesta imagen
iluminando en negativo.

Las exclusas

Tropos oscurecen el paisaje claro y
feliz otorgado por la ingenua cámara
digital. ¿Buscas el retazo amanerado?
como la amenaza a la forma en gris, tentada
por el color... como en una tienda de géneros
reprende el consejo experto
del vendedor. Las exclusas
de la ciudad ¿no guardan ninguna relación? ¿Todos
sus desechos van a parar al mar?

Pero todos somos o fuimos alguna vez
pintores urbanos, es decir, en el paisaje del autorretrato de la ciudad,
en su relación con ella
misma. ¡Así te quería pillar!, en esa melancólica cara

nutre la esperanza más objetiva, como el sabor
humeante de los poros, el nervioso sudor... rinde al culto del cuerpo
sin curias otro altar más honesto. Nosotros
que éramos el padre, ahora somos en ese tierno cuerpo femenino
la hija, restregándose el ver
para creer. La pantalla en los mismos ojos. Pudo gritar, desde allí
que no era virgen. En el barrio, sin filtros, áspera

su imagen ahora transcurre... La cámara va lenta, lenta.

Constancias, son de grillos

Merecía estar donde se enredaba: frente al pintoresco invento de sí fraguando sus oscuros desvaríos; no por nada salta tacón en ristre longuilínea como era ella, musa restituyente del talento. En tal caso no me resto, dijiste, altanero pa´ la foto: Componíamos una suerte de virtuales esbirros noctámbulos del deseo redimido, solo esquinas decadentes de las bien intencionadas reservas morales del verdadero arte, pernóctante de las ideas para nada originales de las soluciones del inicuo mundo que habitamos. Pero no te apenes, le decía, bribonzuelo acariciándole el hermoso fragante cabello hasta rozar calculadamente tímido, levemente, el mármol vibrante de sus hombros:

“Sé lo que te digo, como profe y como pintor, las cosas son así...”, y la aventajada alumna, sonrojada, bajando la vista, cómplice, también brindaba, al fin y al cabo... igualmente auténtica artista... En ciernes. Ya machacando a la pulcra promesa del cartón universitario a la que hubiésemos remitido todo, todo, pero aquí está la vida verdadera, terrible tantas veces, pero... hermosa, y las demoníacas constancias son grillos, el coro solitario de la noche:

porque tenías que vadear el negro río de otra indefensión más sin una Luna siquiera, ¿sabríamos decir jamás, al derrotero de una vida pidiendo una simple explicación? El caso es que acusamos siempre el golpe... Pero darlo uno primero es lo que una deidad quisiera, volviendo al ataque con la almendra de sus ojos, sabedora de poseer tal claro estilete, mudamente replicaba, sin emitir palabra. Así opinaba la joven jactancia envolvente del terciopelo de su piel. ¡Pero esto no mancha nada!, ¡ponle más color! Tú eres el cocinero sobre esta tela en blanco. Y allí estábamos una vez más, después de otra inauguración en el bar de turno alzando nuestras copas.

Se complica la frente del pintor mezclando sus oscuros, la nada salta
sobre el soporte, sometido noctívago del deseo liberado, empobrecido; sí,
ellas, las bien amadas musas nos deben nuestra habitación;
es lo que en el fondo piensas, deseas; pero no te apenes,
esto es lo mismo que para el resto de la gente más común:
Un hermoso y fragante jardín
siempre es posible, después del constante son nocturno. Pero... ¿siempre
podrá haber en nosotros otra humanidad que rompa con sus grillos?

La piel muerta de Mona Lisa

Esto no es un desquite;
más bien una atrofia
es, ella
la que segrega
permutantes aromas:
“yo no
te cambio por nada”, díjome
en su embuste, águila
húmeda al vuelo labios palpitantes
de su entrepiernas, díscola

degustación de un refundido placer; caíamos,
sin embargo ni siquiera como presas, sino
tan vulgarmente como moscas
a sus pies, y

ella en tanto se dejaba... tan mórbida,
leda lúbrica y luego ¡cool, bacán, tan formidable!
tomando la iniciativa como ninguna
se dejaba... querer, siendo
cuanto más suave, más enervante

en sus quejidos. Giró
en tanto, de a poco, más y... ¡más!
la luna
roja y aterciopelada
noche hasta... doblar
el tiempo nuestra edad; y
allí quedamos... más bien
quedaron, las imágenes fieles

pieles de esos ilusionados, como el plateado
desecho joven de un recambio innecesario,
al... revés, de como lo hace desde siempre
la serpiente. Una intangible sonrisa
llora, la piel seca y muerta de
Mona Lisa.

Nuestra inesperada representación o el misterio de pertenecerse

Nunca nadie se lo dijo, aunque era evidente para los demás,
no nos atrevimos. Nunca se enteraría por sí. Éramos un letrado,
pero como el de un cine mudo en acción: las caras dibujando
la representación del signo: vivos solo para los demás, inconscientes
de ser tales. Nos hubiésemos despeñado en esa alerta, luego

fue una triquiñuela del destino: nos juntó allí para darnos duro,
muy duro, como los novatos amantes se dan, en esa lucha cuerpo
a cuerpo por preservar el trago de esa fragilidad. Acostumbramos
llamarle ideal, cuando le vemos desde afuera... Pero fue allí,
en ese momento y no en otro: lo tuvimos... en esa rara certeza

de estar asistiendo al rito exacto de nuestra comunión, seríamos
escualos y cisnes fundiendo el solo gesto exacto en común,
sin letanías ni rezos, sin altares ni conversiones,
asestando el golpe a la catedral,
con nuestra inesperada representación. Filo del vocablo

selva: destejó un claro, ¿o fue el desierto?,
en su corazón; mas él reaccionó
coralmente, sedimentándose en ese lugar, luego
trance, el misterio de pertenecerse
solamente así mismo:

cintas de colores, estacas y un embudo
para simbolizar el camino,
una mariposa atravesada por un alfiler
para representar una hermosa mentira,
una pepita de oro como la verdad más terrible, de encontrar
cinco copihues negros, y... una mano prestidigitante
para no decir nada;
yo soñaba con costales de papas flotando como fino polvo
colándose en un haz de sol por la puerta entreabierta
de nuestra humilde morada Cerro Florida arriba y...

¡todo sobre una mesa de disección!, en la Escuela
de Bellas Artes, como Bretón nos gritaba
desde el pasado, pero no le hicimos caso al pobre,
ningún caso tenía
a esa altura. El Chico García fue el primero, le siguió la Tania López,
los nombres y sobrenombres son ficticios, luego todos
nos fuimos bajando, también
con nuestros ficticios nombres y sobrenombres.
Era un orden... hipócritamente lastimoso.

Algunos tonos yuxtapuestos

Bajos relieves del sistema, derecho
por ahí, como si fuera designio,
grosero lastimó, y pasó
de largo sin chistar; al rebaje,
déficit del sistema; homologando un friso
al ala de su sombrero
se le ha fugado
su sombra; desde el 73... cartones recoge

aquel que hurga en el frío de la intemperie, y van más
por este cruce, es lo que hay: del 20 al 21
gorriones de un siglo para sentimentales
acopios, algunos tonos yuxtapuestos

a la pobreza, zonas residenciales... y más
de esto y de aquello, Valparaíso zigzagueando
por los hoyos de su patrimonio
tangibles; hoy, lo que se cuele como un espectro de su humanidad

es algo más, es algo de gris o de pena... o
un poco de risas —esto corre por cuenta de la casa—
no vaya a ser que el gasto deforme en una nueva ley. Oxímoron
a tus oídos se pega, como rico acento

el gesto de esta pobre imagen. No, no me río de nadie,
pero dos más dos, es la lógica, lo esperable: el argumento
podría ser otra cosa, una arrogancia
una leyenda un muerto, un desaparecido caminando, aún por estas calles,

o el cuento improvisado de un padre responsable
de su institución, para que su pequeño se duerma y sueñe
con los angelitos, sin... Pero la Esmeralda es la cara
de palo, ella es la que aún
zarpa desde su vergonzoso pasado
después de navidad, sin... sobresalto.

Una lenta retirada

Hasta donde sé... eso era así: un borde filoso. Cercaba
cualquier amago de retirada
retraída la mirada retratando
el espesor de su amargura. Inimaginable
para cualquier extraño presa de la admiración
de esa angelical...¡qué digo!, mitológica belleza.
Claro, el endurecido —que aventura esta confesión—
para ser tal tuvo que madurar
todo un largo proceso para aclarar esta difusa percepción.

Periódicamente finaliza el beso
el ciclo húmedo de su promesa, tercamente
pide recomenzar al giro obnubilado
de su incumplimiento. Dio todo de sí... se dirá. Y
sí, podremos tardar un poco más en esto,
aún cuando el fallido anillo rueda
en su alquimia corazón abajo del compromiso hasta el plomo latido
origen de su ahora reconcentrado odio;

ante su lenta dorada curva fenecemos
de amor; lo dijo así de claro:
“constituyen mi plebe incondicional”... Y
su cortante gesto de diosa, bello y majestuoso, conminaba
a no erguirse. Luego, una lenta retirada
para no figurar en esa lista, morder
lo que pudiese aún quedar de orgullo. En los talones

muere entonces Aquiles otra tarde más,
aunque aquí no exista héroe
—ni siquiera un solo acto heroico, menos un semidiós—
aquí están las heridas
las profundas heridas.

A otra cosa

En efecto, sí, sobre la cabeza pendía
el acero de ese filo. Bueno, relativamente
loca. Carcomía como el óxido
carcome hasta el metal más duro; y de aquellas odiosas
y obsesivas actitudes pasar así tan tranquilamente
a esas tiernas esperas de niños. Una mesita
de noche, colaborábamos un poco, solo lo usual,
destrabando unas cuantas corazonadas. Esto no tendría
el efecto deseado, sino tiempo, mucho tiempo después. Recordaríamos

alternando esa primera realidad vivida en los propios zapatos
del niño con la fascinación del primer orgasmo. Y la copia
de la copia, desvaneciendo en cada recuerdo. Lo tuvimos

en esa tripa de voces correteando
por los patios de la escuelita la garganta
por el estómago, el inocente susto
latiendo. No debíamos
intentar ninguna otra cosa tan distinta
de lo que allí éramos, y así no moríamos
repetidamente, como ahora, en nosotros mismos
cada fin de semana. Resignados

fanáticos de los finales tristes. No, no eran así entonces
esas impresiones, las que siempre abundaban
en imágenes desterrándose de sus implicancias
más feroces, por entonces... Sí, es verdad, éramos más jóvenes
y nos rendíamos a nuestras suaves expectativas... Ya después
vendrían épocas de trabajo sobreviviente...

Pero ¿qué, qué fue?
lo que desprecupamos del ideal en sus proyectos más caros
en esto, que de adultos fuimos perdiendo y... ya más viejos
demasiado poco ambiciosos. Quizá. Otra recurrente forma de guillotina.

¿Y si los trajiste...? (Eneas antes de partir)

A ti se te ve bien, y... Transita el oso
tras las esquirlas. Nos quiere sorber; quebradero de cabeza
¡esto es un quebradero de cabeza! Entender
que cumplimos devotamente con el rito, pero
¿cumplimos con el misterio
hormigueras de nuestro designio? Tres mordidas,
solamente tres mordidas a la manzana para después botarla
¿sin darle la vuelta entera? ¿Pero, no teníamos allí nuestra casita,
el hogar; no teníamos allí, entonces
el derecho? Tú no lo tienes

por qué objetar —siendo de izquierda—
las depilaciones íntimas; intimidades,
el cuero velludo de este espíritu. Ya que ¿no fue por allí
como nos trajeron? Y si los trajimos así mismo nosotros también
volvámonos beatamente de espaldas, entonces,
¿así estará mejor? Uno nunca sabe, la nave de los descendientes
puede partir inesperadamente del cerebro, Eneas
¿lo hubiera querido exactamente así? Nuestra ciudad
también arde periódicamente después del maldito regalo,

pero aún no hemos terminado con este Valparaíso
de cargar; las sutilezas como cenizas
primeramente, de empacarlas, si hemos de hacerlo,
para no terminar de hacerlas polvo total,
ha de ser en el suave papel del alma, mi amor
¿te das cuenta. Cómo se reconfiguran?
con cierta increíble periodicidad: estas son ellas,
nuestras actuaciones, a tablero en-vuelto; porque también como él,
como el mítico personaje, nunca fuimos actores profesionales
y esta confusa película nos rueda la vida. ¿Nuestra diáspora?
Sí, pero, más sedentarios que antes. En todo caso, él es famoso
después de tantos siglos, hasta hoy mismo... y nosotros no,
claro que esta es recién nuestra partida.

Faenar la luna

Fumas uno, dos cigarros; la espera,
fumas la espera
para un poco mejor pasarla, piernas cruzadas o no
cómodas, incómodas
van y vuelven. Toses
la fragosidad cubriendo del humo,
pero como no te complicas
sueles derrochar buen humor sobre el contexto local

de todo encandilamiento; recurre paisajísticamente
a los ojos; modales, trazos engréidos del noctámbulo pincel.
Si no lo pensaste ya es hora:
el haz de luz perfora la muelle oscuridad
y relampaguea la banda sonora, la música, ¡ah la música!
y el resto de los graznidos se los lleva el convencional
crítico con toda su académica buena onda
aunque no le alcanza para esto, en todo
caso; para disfraces faenar la luna. Para tu lobo
ese farol ¡dale a ese farol! con esa piedra al neón
para que no te expongas innecesariamente, digo,
porque tinglados los formales requisitos, penden
luceros a gas colgantes de fierro fundido
los que fueron en esa época de levita y polainas
ciento veinte años antes que el cibernético
robot dijera “hasta la vista baby”. Y

el disparo de ese arcaico cañón mostró mucho
mucho antes que “Terminator”
en una supuesta tecnología más avanzada para la época
en ese primitivo film lo... inaudito como lo simplemente perceptible
pero en esto lo maravilloso:
las fáciles enamoradizas alunizan, mas no saben
que con Julio Verne. Oye, ¡sí! Cualquier día
de estos... ¡Están más colgadas! Ufff.

Qué chiste, en... todo caso
del cine, antes de su salida,
a un costado de la gran sala de espera
y pegado a la puerta de acceso al excusado,
su propina es mi sueldo, reza el cartelito.

Él entró

Yo te llevaré un... Un comensal
que entraba en tono demasiado familiar
con su seco grito pidiendo servicio
nos deja trancos en nuestra insipiente conversación.

Y nuevamente mudo, solo teniendo ojos; al fin y al cabo
era la primera vez que la veía, a la camarera, ella lucía
sus gráciles hombros, precisamente... Por esto el nervio
sismo. En fin,
temblante y caluroso al cuerpo
el pedido del menú estaba hecho, y la muchacha
por demás extrañamente hermosa. Pero dijo algo,
algo a lo que no contestó. Sí,
porque al mirarle, era más que una amable sonrisa
en una arrobadora cara
hablando; él entró
de cualquier modo por aquel ventilador
en aquel lento girar de las palabras
no resueltas aún en sonido, nunca pronunciadas por él; y
además ¡aquel calor! que hacía a la estancia tan molesta pero
voluptuosa a la vez... Insinuación, ella podía estar en eso, mas
cómo decírselo, ahora,

pero ¿estaba seguro? Pues el pedido demoraba demasiado y
una duda en la lengua se le pegaba aletargada
por el lento zumbido de esas aspas,
en la tibia y lenta corriente de ser en ese aire
dando vueltas. Acalorado
por el mediodía de ese verano tan
soleado de amable viernes que era, sonriendo
aún así, sudoroso
seguía en su misma tímida pegajosa ropa. No,
él nunca se le declaró.

Nonera así la cosa, o, Una muerta balada

Se tenía por nuevo, en el asuntito ese que permitió
lo que vino después; pensamientos destructores
silbaban una balada a lo John Lennon; en lo que quiso
esca... escabu... escabullirse... irse, irse kiss

como una simple impresión de sus labios
puestos sobre los suyos. No, nonera así la cosa
con esta musiquilla de cuna, madre osa
constelada ¿qué osa
usted con toda esta necia rima así la cosa?

“Luego tendrás que pedir disculpas”... Cualquier frase
como ésta, su afectado tono... Su perfecta relación de madre y padre
la convertía en verdadera profeta; toda una cuestión
¿de doble o... falsa identidad? El asunto es que era su autoridad
todo un manejo jadeante de su debilidad... El maternal beso
tierno kiss de todas sus infantiles noches. Y

las tetas que se adornan en las vitrinas
de finas lencerías no logran inducir
esa olvidada e inocente lactancia. Entonces, ya de regreso
en el bohemia
puerto bebe el vino
tinto con ese escaparate de maniqués en la cabeza
porque ya nunca ha sido un niño. Al parecer nació adulto
y ahora viejo, en algún momento es que volverá a nacer y dirá:
“porque ya nunca he sido un adulto joven, al parecer nací viejo”...

Mas hay ganas de cantar y de juerga... Entonces jaurías
de lobas vienen a ofrecérsenos en su escándalo
al derrame estéril de nuestras semillas,
a suplantar al antiguo con la construcción del nuevo
¿mito? En cualquier caso más arcaico
que la boa que lo canta y lo hace presente, ahora mismo

en el prostíbulo. Este es el rito, no una balada.

Refulgentes sombras

Manías destinadas subrepticamente a fundar una razón
en una tonta esperanza para continuar
en el cotidiano; la contraluz de otro amanecer
encandilando comprime dentro esta habitación
estos restos felices. Jadeando. Es como reímos
en la cegalez
de estos segundos. Apartándonos

de la ventana en un tic de parpadeo fue que claramente
nos vimos en nuestras refulgentes sombras
y el itinerario de un sinfín de imágenes escépticas recorrió
las pasadas estaciones pupilas al asomo de su asombro. Respire,

respire profundo y luego exhale, aconsejaba entonces
con su bata blanca el sentido común
en su sano juicio sobre lo ordinario. Pero no supe
qué decir, pues ya hundíase su tórax en el mío
y el volumen precioso de sus pechos
flotando luego sobre esta placentera inmovilidad
echaba por tierra dicha sugerencia —o cualquier otra—, y

uno no querría moverse y perderse de su propio juicio, sano o no,
sobre lo que allí, sobre lo que nuestros cuerpos, sí resultaba
sencillamente extraordinario. Una pequeña,
pequeña incongruencia en... una pequeña, pequeña,
pequeña muerte no tan necia, mas algo razonable,
algo con que recomenzar
al fin. En ello, en ello la... idea,
¿la idea de esperanza? Es

hora de tararear
nuestra tonta pero aún cómplice cancioncilla.

Esos lentos ventiladores

De algún modo esto nos instiga
hombro con hombro; solemos desdecirnos
de una o dos cosillas; luego
la confianza declina y se hace indigna, inexorable
como un culposo retraso. Porque volvía. Giraba

somnoliento como uno de esos lentos ventiladores
gigantes del trópico. Por más de un hora
en sepia desgastando, desgastado
como uno de esos viejos filmes de los '40
del siglo pasado
te estuve esperando

le dijo en su vivo enojo —¿quién... yo?—.
Ahora no queda más remedio
como en un pez fuera del agua... insistir
no sé por cuánto tiempo más.

Esto que así nos rueda, esto,
esto podría reseca irreparablemente la piel
en esa última opción. Deja eso
y ven, que el té se enfría. Daría cualquier cosa
por un buen sueño, algo con que suavizar las manos.

Un tiempo para crear dos universos o nada más que el paralelo de este

Beberse la obsesiva idea al seco
con este trago... Un canguro; leía
que no le gustaba; eso sí, pisa fuerte para saltar alto —al igual que él—
como la rabia... A la altura de la frente. No supo de su convicción
qué decir, y ya era tarde
para sostener posiciones iconoclastas,
tirar a la basura a todos los supuestos benditos dioses
juntos con los de su devoción...

Sí, tragársela de un solo salto:
del sesudo reflexionar a no pensar en nada
como ese animalito... Pudo haberseme ocurrido otro —u otra idea—
después de catorce días; fisurada letra larga
larga, de si todo ese malestar contenido. No, no alcanza
para odio, pero... ¿estarías dispuesto a matar por aquello? Piensa, piensa

ganarse el cielo... Esto, certeza de dogmáticos,
más que argumento, es una estafa,
la más masiva. Pero, la... posibilidad... ¿existe? Uvas,
uvas. ¿Quieres uvas? Digo,
de que estén en lo cierto... como en este racimo
en un orden jerárquico, estrictamente jerárquico,
si es que así se agrupan, claro que sí... ¿Es posible?
En todo caso, es que quiero no creer.

Sí. No quiero creer.

Andróginos, o, Una buena cosecha (O, del valor del arte en su inutilidad)

Artísticamente esto no tiene nada que ver
contigo, me lo dijo (“eres un arco iris de múltiples colores...”)
tronando la música... y

fue una invasión, los pilotos suicidas
entonces en sus pañales, ¡ellos no sabrían!
de otra cosa que frotar —en esa falsa guerra—
sus manos para producir calor,
para no chocar como moscas sobre el acerado blindaje,

esta era la situación: sobre nuestras naves, actuamos
como verdaderos bebés; y en más, no siéndolos ya,
aséptico lo literal, sobre esto no arroja ningún valor.

Hubo sí, en aquel periodo una buena cosecha, aunque no era el campo
de Marte, lo que nos convocaba, sí lo era una buena parte
de su sabor y aroma, lo provocativo del vuelo:
ese verano de largo largo interregno planeó
sobre la felicidad porteña de nuestro aire

con solamente nuestros cuerpos. Entonces pudimos
en plena dictadura ¡oh Perla
del Pacífico! ¡Claro que pudimos!

¡gozosamente auto replicantes, haber sido algo así?
pintando y pintando, o,
escribiendo y escribiendo:
unos perfectos hermafroditas.

Sol cetáceo frente a Valparaíso

Pero no, apuntaste el otro día, el que no era; se presentaba con ese el olor a yodo... típico de este puerto. Así es, era el martes anterior a ese 11 de septiembre... Una sandía verde en las antípodas de este aroma a mar todavía, su por calar una incierta espera, imperdonable, tensaba la cuerda de esas juguetonas jornadas como el tiempo más inoportuno, el menos propicio. Había que esperar por tanto, a su dulzor, hasta que se la comía y de las bocas al suelo tirando las pepas sin, por cierto, haber glamur en esto.

Y si acaso hedonistas, si todo lo fijáramos en esa voluptuosidad en la de los tonos encendidos del color rojo de la carne de esta fruta, estaríamos parcelando la historia real, total, como a su modo lo hace el cine... O es que

¿pertenecíamos a esto, y... siendo así, a qué reparto, al sepia para dar nuestra tardía versión emotiva de los hechos, así, de ese modo televisión blanco y negro al '73, tan reales como los que más?

Pero tierna e inocentemente sensuales reíamos desde ese blando y jugoso rubí frutal tan caro al paladar, y el sol, ¡ah!, ese cetáceo sol en la panza de Jonás... no, no, no lo inventamos nosotros pero culposamente lo inventáramos. Así salió todo al revés, así sin más... y en esa infausta mañana

calamidades tejían, en tanto, para las rijas páginas de la historia de Chile, aquellos exacerbados ¿heroicos? gestos militares para la galería... El concurso televisivo no admitía otra alternativa, para distraer de aquella traición al pueblo en ese momento, que la de decir sí o no ¿dispara usted o disparo yo? ¡Y la moneda estallando en los aires por los rockets, ardiendo!

Radiantes de juventud, entonces, optábamos por olvidarnos del asunto; los idealismos no valían la pena, el mortal sacrificio de tales ignorantes demasiado niños aún, en esa aniquilación del maravilloso sueño de todo un pueblo, de toda una época, faltando tanto por completar esa década, tanto por crecer aun,

en esas mañanas de camisetas adolescentes ya sin estampados revolucionarios, y de chalas ya no artesanales, y de obligadas cabelleras masculinas cortadas a lo milico y ya no largas a lo hippie... Okay, okay, el recuerdo idealiza benevolentemente aún al maldito clima de esa cruel suspensión de diecisiete años, hay que reconocerlo... alguna vez,

que la utopía allí mismo también fue soñada, imaginada, aunque con un trópico de mentira y con un cruel, tan cruel y cobarde dictadorzuelo de verdad. Sí, nuestra porteña templada primavera de desinformados cabros chicos de barrio o mejor dicho, solo de rapazuelos de populosos cerros porteños.

Retrato

Escribo el desesperado
estancamiento, en estas palabras que no logro
rescatar, desde aquel indefinido
a la magra ¿sintaxis de esta realidad?
como si al decírnos
nos encomendáramos a un loro; inútil

reo el compositor, del esternón voz deidad
huesos del canto quebrado que suele de cuando
en vez —de romper desde adentro al respiro—
el corazón tú que creí ¿qué nada tejía?
sólo en la nada nos deja

un pernoctar, nada
en el mismo plácido acuoso
dormir, el espacio de nuestras actuaciones más pedestres o no
y de otras tantas cálidas noches amorosas, ondula y
el ojo del tiempo desmira inconsciente
el polvo que se acumula en los muebles
hasta igualar toda superficie en opaco dorado,

cubierto el tráfico que aparentaba su sinfín
de ese silencio agazapado ¿nada que temer?
fondo acústico la juventud aún no perdida
de nuestros cuerpos imposta el primo tempo del ardid; mas
descompondrá, qué duda cabe, este artero en su ilusionarnos,
en la charlada acogedora melodía que nos da
nuestra cama calma sumando ya décadas
repetidamente saciados del placer
con un guiño
tratando de prolongarlo lo más posible
a la voluptuosidad, que puede pender solo de ese clavo
que sustenta a la pared nuestro paisaje de pareja
desde nuestros consecutivos primeros retratos
el feliz aún no envejecido cuadro... ¿hasta cuándo?

Síndrome de Peter Pan

Girón de nubes. ¡El cielo se comporta como un loco!
pronto nos revelará algo. Digo. Y
leseras; es lo que me espetas. Más terminante que antes. ¿Sí?
Portas ese dejo aséptico de toda mala o buena intención;

leseras dijiste, así de femme fatal, ninguneándome
al poeta, a ese al que alguna vez inauditamente te gustó vestir
de uniforme, para mandar al frente como un romántico
y volver con la cara destrozada. No, no,
no para morir de verdad, pero sí al menos
para morir de amor;

sugiero que es esa pretensión, precisamente, lo que enerva
el mostrarte débil sabiendo ser solamente una estrategia
para el logro de aquello. Harto feo se ve.
Versiones incorrectas, excusarás. Y yo, que sentimentalizas,
que de lo que rondaba todo el juego como una buena expectativa
en una destartalada artimaña se ha convertido. Digo. Solo digo.

Al menos, no podemos descartar nada que desentone, nada
que no combine, de chismes está plagado el ropero. Y pensar
que ahora viste Armani y hasta conduce un Bugatti, y tan pobre que era.
Habrá que pegarle muy bien a la pelota y rumiar
que tan vulgar como esta ilusión
de acumular tantos bienes materiales para ser más feliz
se asienta tanta ilusa esperanza popular y más marginal,
algo menor o igual que un dulce futbolero
lo que solo siempre habrá

para la mayoría. El problema,
con cada tarde de pichanga
más impostada o no de coloridos partidos de ligas europeas
por televisión cada fin de semana,
es que a muchos, como a ti, no nos conviene crecer.
Una inútil revelación celeste. O algo menos
que un tonto convencimiento.

Repliegue

Como la figuración, frontis ladeado, ella prepara tersos
locación perdurante erógena duración sus henchidos pechos;
hábil fuente, vía láctea la derrota del lector al nacer; usía

solicito poder declarar bajo recurso de amparo, sí,
como no sabía del síndrome; sí, gotea a la sombra del cárneo monte
la llave del reservorio, impresora manual de Venus
para un incunable, jadea prosaico, casi el animal; pero no,

en verdad habíamos aguardado mucho,
demasiado, como para temer por nuestra paciencia
de ovejas; al replegar de pastizales en celulosa
tipográficos elementos de desove mental umbilicales lían
nuestros papeles

al cuerpo drástico del posmoderno observante, tembloroso
del viaducto genital a tu zona mientras mandrágora incuba vástago
finiquita brevedades horizontales del fonema frágil agú-agú
para posteriores instantes verticales
un saldo a imprimir. Algo que enseñar. El bebé llora, ríe.

Reclinemos el asiento

Te espero a eso de las diez... estaré ahí
confiscando una espiral
el cielo, la luna, las estrellas
que pueda. Para construirte

una casa. De esperar
un doblaje de ilusión, un burdo acercamiento
a tus ideales

mestizos
intentos por sacar algo en limpio
de esta juguera; el verdadero
ojo nos lleva para adentro, centrífugamente acuosos
siempre para adentro... Y el resto de la historia
por lo menos a sus bordes de la superficie
lame
en lo sagrado. Estarás
o no estarás muy de acuerdo... El bicho
de la duda es lo que viene a señalar

un infierno, ¿este calor de mierda es un infierno! Juraría
que vi pasar tu casa. Sabes la... carretera
nos va tirando fotos fantasmales del paisaje, sí,
aunque reclinemos el asiento
e intentemos en el bus ponernos más cómodos
el realista ojo no se adapta, nos tira para adentro
la imagen que creímos parcial:
nuestra personal jugada con el destino; una meta,
otro sueño. ¿Y así se nos escapa
nuestro ilusorio autorretrato lineal?
porque en las antípodas la realidad
es un magma por el que caminar. ¡No!, no nos quemamos, pero

¡esta aparente inocua ebullición es un desconcierto!
en cada burbuja en que de repente despertamos, así, simplemente
se es otro trozo de real circunstancia, mucho menos entretenida
pero más compleja que cualquiera buena novela. Mas cómo
¿enhebrar pompas de jabón?, ¡y aunque las congelásemos!
esto no funciona como un collar de esféricas cuentas; pero...¡qué!

De construirte
una casa; de esperar
un doblaje de ilusión,

el retrato cubista
algo podría darnos,
una buena idea... quizás. Un poco más,
reclinemos el asiento, solo un poco más.

No nos han dado nada, o,
Sí somos americanos... también.

Esta manía, sabes, no despejaba, al contrario
hacía crecer la nube, y eso que se daba en su apacible estadía
era así, golpeadamente y secos nos regía
en una especie de asedio. ¿Camino? Al intérprete único
solo sabíamos denostar por entonar esa sola vieja canción, sí,

solamente sabíamos insultar al mal día, combinarnos
con nuestros ásperos decires
y una mañana simplemente ya no estábamos allí
los elementos precisos que configuraban esa realidad
habíamos cambiado. Tosiendo

una vocecilla molesta
en grado de intuición aconsejaba, entonces: ¡el pretil,
el pretil, ahora disca un número! Y... aprende a esperar,
alguien contestará lo que pueda ser, o
una hipnosis bajaba con la madrugada

a puros pitos las categorías de la lógica en su negación;
hasta ahora no veo que me haga daño, decía uno,
irresoluto como solo uno. Y bien,
no nos han dado nada, nada más que una peregrina idea,
no la verdad, la pura y santa... ¡qué digo!
¡la puta y maldita verdad! Lo demás...

lo demás... hemos tenido que tomarlo como se pudo. ¿Ves?
como represa el nido estanca
el curso de la corriente porta-misiles. Desangra
el mito el río hacia nuestras conciencias; pero toma uno, ritualmente

engástate tú, misil eres, parte de las baterías que cuida el anillo
del poder; crece como la mala hierba, pero siempre
es uno, de una amanerada forma se traviste y
de una amanerada forma actúa en el señor juez como la justicia, o
en el purpurado como la fe, y
en las instituciones

permanentes. Del estado. De su pelo, ella gusta fijarlo,
travestirse así en... ese peinado
para atender a sus mejores clientes, y
¡no! no tienes por qué pensar, la vida transcurre
urgente o tediosa, da lo mismo, acosa
de esa amanerada forma. ¡Una pértiga
para auscultar el fondo, somos!; de los mares australes

nuestros músculos de hielo nos dan la razón
como tercermundistas; recurrentes
del primer mundo, simplemente conversábamos
del quebrarse al postrer esfuerzo
para después licuarse, pues entonces
como inmigrantes, como espaldas mojadas
ya no teníamos por qué saberlo,
cuando lo que albergábamos como razonable duda
dentro de aquel sueño, ilusionados,
amplió los límites de nuestras preguntas
y así, siendo un poco más sabios al derrotado regreso
entender, simplemente desde acá,
por mucho menos que todo esto... por qué alguien se suicida
en la manía de desvivirse
despejando la nube aquella en ese sueño recurrente.

En todo caso allá nunca, allá nunca nos dieron nada
y los grillos fuera de tiesto menos. Mas, inmutables ellos...
ellos entonan su nocturno coro a pleno sol.

Marionetas desarticuladas

Pudimos haberle rechazado, pero la pedantería sí... es un débil bastón; el caso es que era una perfecta desconocida.

Esa y otras razones... ¿Cuáles otras dudas hubo? Éramos de hule o algo así... como juguetitos flotadores para el infantil y alegre mar de una tina; nervadura de tiempo pasado acariciando; rendija pestañeante

en el portentoso cofre de los sueños más anhelados
tus miradas guardadas ¿querías desarmarlas hoy
y dejarlas marionetas desarticuladas
botadas para siempre? Allí. Él prendió geranios, hubo frío,
otras flores no encontró; nosotros le azuzamos,

aunque el alcornoque en gran parte creció
solamente para las botellas de champagne
en su jardín de fin de año
hoy en vano riega corchos de plástico. Pues él sí osó
al desarmarlas, querer descubrir el mecanismo de estas entelequias
que suelen renovar las esperanzas
después, al comenzar de cada Enero

lamentablemente no supo cómo armarlas, fue así
que murió, pero como muere por lo normal el sueño de un
niño, gradualmente, de año en año, desvaneciéndose,
sin conciencia del crecer y del llegar a adulto en esto. Este es un caso,
ahora él es verde, seco y manchado,

con la sombra gris en los labios. En nuestra adultez mayor
nosotros esperamos reconocerle,
pero no queremos, no debemos ceder. Para esto
un solo ejemplo sobra.

Expuesto costado

Esta comedia refleja nos compromete
nuestro soslayado lado oscuro,
discontinua garra; experimentamos
fallidamente... Mas siempre arribamos
al contorno más claro del devuelto discurso nuestro, pero
precisamente temerosos de nosotros mismos. No obstante
el linde, ello nos remuerde en el refugio
la dormida ambición: podría despertar
blanca porcelana como abrazadora sed, y esto era apenas
un riesgo menor en sus manos... Desprovista sal
de quebrarse su embase... Había que estar ahí,
recoger los pedazos; la anhelante frágil frente
ungirla

musa caracola rota, su sonido del mar manando óleo sacramental
por la piel de su rostro. Aquiescencia
su amable pecado, lo que... Ciertamente antes era festividad. Así
pudimos estar siempre, pero no me quejo; lo decimos así
los comprometidos, al no querer explicar su fracaso,
esta carencia... Y en lo que nos emociona... ¿Supiste?

En curso la re-signación, la sucesión de sonidos
de esta serie de imágenes que pueblan este texto... esta dispuesta,
ya descende tan exuberante como contradictoria
divinidad. En torno a ella, novatos pues, partimos juntando materiales
de desecho, los insubordinados estudiantes de siempre y
si bien la receta perfecta no existe,
la señalética, que es solo un letrero de ruta y no una “señal ética”, dice:
dirección obligada. Y...

Esto, por ventura, ¿pudiese implicar un riesgo? En todo caso
hay siempre dispositivos... ordenadores de algún tipo
y al caso que correspondiere; la magia de un beso
sin embargo antes lo subvertía todo
cerrando tibia cascada la entrada,

resguardada gruta, ahuecada mano... Pero
¡recoge parte de esa agua! El índice
plegado al resto de los dedos ya no indica

culpables. Henos aquí tras ese velo ficcional
refugiados en su opaca tibieza
depósito de negra lana natural.... o
en algo así de oscuro pero
blanda, ampliamente acogedor.

Del zombi ella carcomía

Habíamos dado lo mejor de nuestros años a tal sistema, vigilados desde la misma cuna por este. La conciencia de estar regidos por un benefactor gobierno único terráqueo nos parecía legada desde siempre desde el origen mismo de nuestra especie; mas nunca, nunca

construimos nada... Sí, grotescos debimos parecer para aquel puñado de rebeldes a quienes nada se les dio; solo muy tarde, cuando la luna arqueó las sombras de sus desfallecientes luchas sobre nuestros cómodos estándares, sus inversos reflejos nos hicieron darnos cuenta: nuestro sueño más perfecto no había existido nunca.

¿Juzgar? ¿Quién en su sano juicio podría aspirar a ser en su mayor expectativa solo en la literalidad televisiva mecánica de su engranaje? Solamente en la satisfacción de aquellas necesidades creadas y publicitadas por el establishment. Nos mordíamos la cola porque adiestrados habíamos sido circulares en nuestro vicio: solamente canes fieles obedientes, pero por sobre todo, funcionales a ese antropófago formidable poder central

del capital, entonces ya desengañados triangulábamos nuestro escape en la especie del zombi, ella carcomía la mentira de esa idealidad de nuestro grotesco mundo como la luz de una vela carcome fantasmales paredes en la oscuridad.

Inmensas negras alas interminables apocalípticas hasta el paroxismo sobrevuelan rasantes bandadas de águilas-cóndores, un sorpresivo parpadeante negro infinito hiriendo al corazón claro del aire. Sorpresivo eclipse, abrupta noche ... La transición,

la transición, en todo caso... ella,
ella ha sido violenta, mucho más violenta de lo esperado, y
después... Después de más de un año de ininterrumpido invierno
los soterrados sobrevivientes
hemos comenzado a salir a la superficie como callampas,
como tristes callampas
sobre los restos húmedos de las ciudades que se pudren.

Cobra inusitada importancia

Era como una promesa eternamente incumplida
traducía un submarino aro verde y en la oreja
el ojo contenía su propia versión reemplazo breve.

Estoy convencido, como el agua pesará, es nuestra inercia,
somos vulnerables a su fuerza... Caracteriza esto
en un frágil ser su acuoso espejismo
que se repite como lo que cotidiano nos rodea
todo el mundo de apariencia normal ahora pero
circunstancialmente que se inunda... también en su aire,

como esa noche. Sí, suspenderían las salidas
por la tormenta. Que arreció allí, dicen; acortó ese golpe
el alcance de su noción; espiral,
contra esto es que luchamos, cuando es descendente,
por lo que el triángulo cobra inusitada importancia
para invertir benéficamente la dirección.

Así es que descartamos algunas acciones —para subir—
que un tiempo antes nos parecían necesarias. En aquel precario periodo
en que dominaron tras la captura. De las langostas. Sabían
lo que se debía hacer. Ellos esperaban con sus metálicas jaulas
a que bajara la marea. ¿Importa saber
si los comensales valoraban esto en su justa medida?
Tras los desprevénidos acontecimientos,

ellos, qué importa si dudaron o no; sería de ese modo
como un matrimonio arreglado por conveniencia,
no como el ajedrez aun sobre la marcha
o con mucha antelación... sobre la mesa. Da lo mismo, se parte
eternamente vulnerables desde el fondo cada vez. Y al emerger nada,
nada es como antes, sin embargo en casa está todo
—a lento paso de buzo y a borroso y sesgado mirar de escafandra—
tal y como lo dejamos hace tanto tiempo ya.

Cierre del negocio o el arte de reír

Este no percatarse plenamente de ver
cómo es que envejecemos; un decurso
de inconsistente materialidad, algo parecido al agua
ríe, y que es la vida misma, nos va cubriendo. El arte se ríe,
el buen arte sabe reírse de sí mismo, y sangra; aunque
de otro modo, asépticamente, la lisa y llana repetición
también sangra. Cada cual, entonces, en su carril

de la imagen; al interior, moras
las comes, siendo niño: la herida, la boca se mancha,
de-morado dulzor; porque al niño sin tiempo no le importaba
la mácula de ese inocente placer... Pero crecido, caes,
es decir, hoy que ya somos adultos
¿quién lo querría confesar?:

“virtudes públicas, vicios privados”... Es decir,
más temprano que tarde, caes luego
en la cuenta... aunque la maldita cuenta que de-mora
el puntual cierre del negocio, sencillamente no cuadra,
y las cámaras que lo han filmado todo, todo
pero... solo lo concerniente a sus cerrados, limitados ángulos.

Mas, aun así, este pequeño todo
habrá de oxidarse en alguna húmeda bodega, o simplemente
habrá de borrarse: todas esas jornadas en sus planos
contenidas, sin ser... sin ser revividas, como si jamás registradas,
tal como si nunca
pendejo insolente que era ese yo
el que insultaba sin filmadoras para testificar hoy.

Algo como la inadvertencia de este desajuste es lo que
gotea en el insomnio
como una llave mal cerrada. Un pequeño pero irresponsable derroche
o algo así, casi o para nada ¿divertido? Oh sí,
el remedio infalible escasea.

Camino de regreso

Merodeaba sesos trenzando polivalentes nosotros él,
escurriendo algarabía el juicio adormecido, derivante
red electrificada, pues basculábamos fosforescentes
lo más sueltos de cuerpos
lo que resultaba en elocuencia muda, lo que desataba
su cómplice mirar revoloteador: “¡miren!
—nos decía, componiendo sin-fonías frente al siquiatra—
total tampoco escucha él”; mudo auditorio
ramillete de palabras cercenadas por sus mitades; entonces

—esto es menos que un vago recuerdo—
veíamos qué aleatoriamente podía resultar
al unir dos partes recogidas al azar. El alienista desmembrado
tendría que agradecerlos. Muñeco de trapo;
esto no se trataba solo de unir y de articular laxas extremidades,
mas luego de darles firmeza, de la danza, de esto principalmente
se trataba. El enfermo; para aliviar
de la gravedad. De Newton como efecto. Al ritmo de la música
los números debiesen trascender a sus cálculos
dotando de valor también a los... sentimientos.

“El eje del mal” afiebra al imperio, números por personas
en manos del loco taxidermista social: una venia... señor
presidente U.S. (léase “yueseí”). ¿Y las cacareadas
expectativas del pueblo? Son copos de nieve cayendo,
espesando blanca blandamente
nuestro único camino de regreso, convalecientes
de Washington D.C. (léase “dici”); el invierno del norte querría
reventarnos con la fría fábula de su navidad,
por último ralentar nuestra huída con monos de nieve,
pesados renos y viejos de pascua de utilería, sino,
efectivamente congelar
cada personal conjetura los pasos del mítico regreso
de cada cual. Cualquiera,

cualquiera podría reírse, encontrar esta imagen divertida, pero
para los que siempre van a probar suerte seducidos
por el brillo oropel del primer mundo
el día es un desilusionado aleteo que aterrizo
desesperando de frito, de ser pollo envasado cajita feliz
para comer. Pero, ¿el contrasentido vale?... Pudiese ayudar,
ya que hoy los gárrulos negociadores especulan con sus capitales
más que siempre. ¡Jefes! nunca asumen que pagan los inocentes;
pues, qué quieres, la casta de los gobernantes no está
para hacerse cargo de estos paquetes.

Y esta mano se esconde porque es la piedra del consumo
la que nos acusa. Usted diría que no, porque no lo vio
en las noticias de la televisión.... ¡Y así quién! Poseso febril
del tiempo, inquiero al menos el parcial corte de un gesto
amable contrabando de ese juicio adormecido,
electro-shock... Apelar a la deriva del orate para despertar
el insinúo de su sonrisa, materia literal
la sangre escurre
para entintar, aunque esto no es
un pacto para firmar... mas es lo único
es lo que hay.

Ayer hallamos libros gimientes

Todo comenzó allá, herida la prisión
del triunfo, desvanecida su presión; contuvo sí
el candor. Lo absoluto negaba entonces
acá lúcidamente su participación. Fandango,
jolgorio de los inculpados; ciertamente se tenía aún
como paria el más básico de los derechos. A la vida

atavesamos, pues, impuntuales como siempre
en el dígito más relativo de nuestra tardía edad. ¿Estiran así
estas ingenuas reservas pretendiendo tersura
en cada nueva arruga que aparece? Apilando
los excedentes emotivos de las vivencias más plenas,
estas suelen configurarse
en un refugio tipo bunker. ¿Virtud virtual?

Por algo restituye solo rasgos de reconocimiento, soterrada
la memoria, en fino peine de nácar o
en cualquier otra obsolescencia, buscamos
en los archivos
del olvido
deambulando con lánguida constancia. Y
¿solamente ayer hayamos libros gimientes? por lo difíciles
de sus lecturas, gritamos entonces en dirección a la luna
del pasado cercano, e invariablemente llegábamos nocturnos

a alguna playa más y más lejana. Allí desnudos la
soñábamos; el dormirmos en el sonar
de los delfines: sonido viaja, viaja,
viaja por el agua. Y por el aire. Acá planeta tierra. ¿Sabes, por qué será
que la comunicación, como la memoria, no podrá nunca ser total?
sino que lo diga Funes
el memorioso. Claro que en el vacío
podría ser otra cosa. Pero

¿tiene esto que ver con el origen? Lo otro
quiso distenderlo el connatural dolor
como fino receptor, dirigió
cada nítida aprehensión. Llámene intuición o instinto,
lo cierto es que propendemos hacia aquellos lugares

tipificados como los más aptos para la vida. Creo
que, entonces, si pudimos ser dioses, algo falló; la recaída como signo
de lo imperfecto es la prueba más clara. De nuestra humanidad

la vicisitud pobló de fantasmas
al reposo del guerrero. Pero, firmes o no, persistimos,
y aún execrando a la milicia cancerbera del poder
porque aquí, precisamente aquí, se instalará
próximamente un nuevo mega mercado, nos guste o no.
No olvidar limpiar las sobras. El personal no cuenta,
tampoco los demás que somos clientela, seres del consumo

retornables; el mórbido aparato nos segrega viscosamente así
en su amnésica luz roja o verde... cuando convenga. Sin embargo
de nuestra divinidad no nos enteramos, pero igual
los demás seguirán o... seguiremos
soñando las promesas para acceder, desde abajo esta vez,
a cierto paraíso. ¿De lo absoluto?

La llave del armario se ha perdido;
esto que no es un “a fin de cuentas”
por último parece convenimos; una pena menor
remitida a su interior
sin espacio suficiente para volar. Un amarillo parpadeo.

Licántropos: Atrapados bajo un imán

Tangencialmente viene ella, entonces, a hacerse cargo de un cúmulo de precipitadas anorexias del lenguaje. Tú y tu economía de guerra una virtud atrabiliaria, cuando jugamos si no juzgamos en el espeso límite donde nos movemos. Frunce el ceño nada más que en sus frases, ni necesita que sean

nociones. Las descubrimos más tarde de práctico sentido común como comunes mensajes en papeles atrapados bajo un imán sobre la puerta del refrigerador. Hubiésemos escapado por el sueño recurrente que abría al frío golpeando las caras

el estático aire helado. Pero, perseguidos por el imperio de la ley de gravedad —no hay guarida que nos acoja— testificamos como fantasmales criminales. Sí, teníamos esa culpa, debíamos por tanto deshacernos solo en vanas explicaciones... más bien remitidos al hielo licuándose indefectiblemente por el calor; el contexto probaba sobre el subtexto su eficacia en aquella veraniega encrucijada lo que era viable, solamente subentender.

Cartílagos ejes del cuerpo, más bien del esqueleto del lenguaje. “Mon cher, vous savez, je ne parle pas ici. Nous sommes au cinéma”. Carestía y profusión de imágenes en el arrobar de este oír. Ojos del depredador, el bruto nocturno nos impele a cazar prescindiendo de mira infrarroja o incluso, de cualquier otra tecnología menor, solamente con las armas contenidas en nuestros propios cuerpos... Y en el hombre lobo sueño vagar por París,

aun así , tan groseramente. En una expresión dichosa
cada noche por el extraño mundo de este sueño
recurso sin querer,
y al despertar en medio de él, lógicamente sigo aquí,
en este puerto, sin ir todavía a la ciudad
luz. Entonces me incorporo levemente
hacia su relajado rostro claro de luna
para robarle
su beso de loba dormida. Algo más que otro tangencial rudimento.

Aunque besó y amó

Nos fue dado estar acá, saliendo de una pesada carcasa
constantemente. Qué era lo que me decías, bueno ¡ya!
se me ha olvidado. El presente
se ha estado ensimismando
en lo inveterado, porque funciona así,
desde el pasado, indefectiblemente;
y bien, no podría ser de otro modo: cultivamos en jardines colgantes
lo que nunca, nunca veremos. Me parece casi una broma
del aire

lo todopoderoso y total
del tiempo, ya sabes, aquello, lo de... la permanencia imposible,
de lo efímero de todo lo que existe. Así lo veía,

a hurtadillas. Desistió como un gusanito, asustada
de la intemperie, pero claro, lo sabía: jugaba
con el poder que se le concedía y de su aparente
fragilidad. Hoy cultiva verduras,
pudiendo haber elegido las flores;
pudo más su sentido práctico y conservador de la vida
que la belleza de esta,
aunque besó y amó, entregándose
con pasión a la urgencia vital de su juventud; así
lo declaraba, al menos de manera velada
e indirecta, años, décadas más tarde, en una entrevista

para esas publicaciones
del corazón. Retendrá, estoy seguro,
en destacados caracteres al compás
de este músculo, ese aroma. Y sí, estarás o no

de acuerdo, pero el frenesí cardíaco
de los pájaros, con su revoloteado canto coral, nube
demasiada ágil y cambiante en contrapunto a tanto estático sol,
en su festín atonal de sardinas, se traslada efímero
sobre este maravilloso mar turquesa. Lo que debería... dejarnos

intranquilos: nunca un goce será total. Pero nos fue dado
en el estar aquí, en este nuevo verano, sí,
queremos sin armaduras, más livianos quedarnos en el infarto de él
alargándolo aunque sea un poco más... solo un poco más.

Como un caracol

Así es que me he replegado en mi escudo, disparate cruel,
lo tiraste graciosamente; luego hubo un silencio pequeño,
pequeño, pero muy incómodo,
mas después incluso reímos
del mundo, porque todo él nos provocaba, tercamente, lo que duró
solamente en ese instante en que los estómagos parecía explotarían
hinchados de ese circunstancial
atragantado gozo. Incluso la profundidad
de la herida que abríamos, de hecho
no fue advertida por ninguno. Estando al borde sacrificial
del abismo, el espía
que atisbaba esto, nos guardaba bien
el secreto, porque lo sabía perfectamente,
en su permanencia indefinida
en la cuerda floja, ¡sí, sí!, que éramos parte de él.

Algún mérito descenderá dijo aquel, y retumbó dentro
como un corazón de fierro blindando al de carne y sangre;
¿nuestra fe?, pero dónde andaba
para advertirla. Y puesta a prueba... ¿qué argucia será
más efectiva para ella... y si no existe?

Ahora, recién ahora reparamos en el ídolo
de madera policromada, linealmente surte
el efecto del típico relato; pero es cierto, la entidad que ahora somos
no recuperará jamás parte de la estructura perdida
con la tercera edad. ¿Viste el nombre
de fábrica, o cualquier marca que denote su pedigrí? Porque ya
es una antigüedad. ¡Mira!, allí, la imagen de la izquierda,
así no fue ciertamente en sus inicios, mas dicen los expertos
que con esta pátina su belleza es hoy más serena.
Pero, no fue hace tanto. En todo caso... ¿Tan repentinamente envejeció?

Y si no es así, entonces, siquiera solo por escudarse instintivamente de este ataque —que no es lineal— continuo del presente deshaciéndose, ¿quién no, quién no lee un periódico del día anterior? ¿Todo un resguardo inútil, un atroz dislate?

Consoladores en forma de aviones

El filtro que nos acontece pide su tregua
hoy —¡qué tiernos éramos!— especulamos la decoloración
de la pasión que se apaga. Extractos fibrosos quedan
de nuestras almas, referencias impropias, dirás
qué tiene esto que ver, no veo cual sea el problema con el realismo
chabacano del “reality”, pero, ¿qué tanto te gusta verlo?,

ocultas la inercia patrón menesteroso, tu misma mala copia
cómo haces... del ocio tiempo muerto, nada para crecer
nada para volar; es lo que encubres en el condicional

volaríamos. Feroces respiradores del celeste;
nuestra pobre libertad es el cielo sin alas de verdad
para surcarlo... Artificios del vuelo mecánico,
consoladores en forma de aviones, globos, helicópteros
o, cohetes para penetraciones del aire, y

este filtro que nos acontece depara su violación
desnudando su sexo inmaterial, recorriéndonos como suave
brisa, acariciándonos, por la piel
¿guardaste otro orgasmo para tiempos más difíciles?
de vanas cacerías, de carestías. La idea es creer,
¡la gracia es creer!, me lo dijiste

con los ojos en blanco, como la santa Teresa de Bernini
el dogma de la carne barroca en éxtasis restallando delira
desde la oscuridad del suelo a la cara
bañada por el cenit de su divina luz
por su mejor color la pasión volviendo por sus fueros
indignada, después de, me lo dijiste, ¿es que no puedes esperar,
por qué todo lo genitalizas? Solamente abrázame por favor
tiernamente,

duerme. El sueño del pibe, recogido,
permitiste despistarlo por una vereda depuesta
por los golpistas de siempre religiosamente observantes

de la moral y las buenas costumbres
momias de templos, de bien paridas doradas cunas,
carnada de oro recoge herrumbroso anzuelo
imbéciles de cierto canon... alguna vez creímos
en eso de mejorar la raza. Ya es tarde, pues ahora

el vuelo hiere, surca de pájaros raros, pues ahora
el aire
graznamos
improperios
extractos fibrosos de un canto desmesura
desmesurado des-en-canto. Vírgenes del sol
para esta temporada primavera-verano
esto atinge una generalidad, sírvase

como ejemplo puntual, vitrinas de la opulencia: Reñaca
un paradigma, o en el extremo opuesto, te quedas
con las Torpederas ¿solo porque eres de Valparaíso
y no puedes más que llegar a pie? Un problema de finanzas
como gran parte de los intercambios amorosos,
por no decir de los favores carnales. Pero ¡ay!
me quejo sentidamente. Extractos fibrosos del alma
algo que quede
—¡por Dios, si eres tú, y no uno, quien dice creer!—
de lana
chilota, vuelven los gorros
con este invierno, se abre un mercado más bien restringido.
Referencias impropias estas
dirás nuevamente, y afuera llueve ahora. Ahora
no hablemos de vuelos mochileros ya extintos
en la poesía como lugar de excursión, la mayoría
ni siquiera está ni ahí, menos como lugar de reflexión.

Pero bien, un buen desayuno ahora
ahora podría ser el paracaídas.

¿Cuándo nos pescamos?

Te veo a penas, sí, pero las cortinas ¡ábre las!;
¡la luz!, siiiii... la luz del sol
nos hiere los ojos, pero necesitamos saber
por más sensibles a la crudeza con que nos
desnuda. Moría así quien estrepitaba
en esa emoción. Pero para morir consciente

al reventar de los latidos; cinco dedos, hay que tenerlos
de frente; la verdad
nos pintaba su cruda cara palpitando
cítrica de sentido común; fresca la tarde
hubo de calmarnos un poco, solamente un poco. Como un limón
¿sabes?, los rectilíneos nos abofetean con su moral
de templos y de títulos, y un gotero
nos dosifica... las sombras acuosas de la carne
de su lúbrica entrega. Y el cómplice trato nocturno no nos exime
de lo total y definitivo de la nada: ¡la poderosa noche se impone!
mostrándose así tan estrellada
más renegrida que nunca, nos habla de esa muda eternidad. Te lo juro

si no te pesqué, no fue por indolencia,
creo —al final también creo— que el sedal se ha cortado.

Difícil reconocimiento

Difícil reconocerse, así en el vuelo
del murciélago; bandada, negro piélago baña
el terciopelo de su propia incommensura. Una nube. En un momento

estoy contigo... Geología, geología,
estudiaba geología... las heridas
de la Tierra, en su mínimo espesor;

dado que ella debe resolverse
en la cerradura oscura del cielo. Su broquel
desde la historia
hágalo usted mismo... Su escudo, digo, cromado
como usted sabe muy bien, al conteo

de un trigal, después que a las espigas las dore el inti
de nuestra nostalgia de otro americano estío,
herederos de aquel defraudado rescate, intentar también
llenar nuestra pieza de oro hasta cubrimos de pies

a cabeza. Pagando setenta y cinco millones
de muertos negro mar de indígenas
a la conquista española. A su codicia. Fue imponiendo
con su falsa luz sagrada su degradado católico rezo.

Pero qué caso tiene hoy. También
tú tocas el timbre. Un mestizo tono
soterrado
donde no reconocerse
tras el pulcro dedo. Otra hipócrita blanca.
Otra alba embajada.

Ejercer la fuerza

Lo detesto realmente, pero tenía que hacer
esto, lo divertidamente histriónico:
sublevar al personaje; él no quisiera el grifo
enhiesto ser, en sus sueños... Sí, sí vomita fuego,
¿acaso no lo viste? purga por esto en la cornisa de

una infancia indefinida; bueno ¿así desmaleza
el prontuario por lo menos? Juega, en cualquier caso,
a tu jerga, nos dijo aquel hombre; ¡y vaya que sí
tenía su aspecto! “Nadie podrá negarlo,
lo simpático que es”, era la opinión
de muchos. Tú pues influenciada
me dirigiste precisamente
a esa mirada... Yo opté

por aquel entonces por el fuego
de sus ojos. Sí, fui esa gárgola... ¡Nunca, nunca lo negaré!
nunca un jamás. Así se rumoreaba —tras el golpe—
por aquella época, si la sangre estaba llegando al río Mapocho
¿qué más podríamos esperar los porteños! La represa entonces
era vital; en nuestro afectos

un rebrote, ¡un rebrote!
y ya no es primavera, nos lo callaban transparentes
los pájaros, uno a uno, en su invertido canto. Pero,
el que vuela más bajo, toma este
aparato, debiera servir. Así. Así, por el mango... es lo correcto,
así se puede ejercer la fuerza necesaria. Pero, disparar
sobre qué o quién,

sustituye a la franqueza de un trino la bala. ¡Y más presión!
Por qué actuar luego únicamente sobre una blanca tela... Lástima.
Pero he aquí el cuadro, lo que plasmamos, y... No quisieras más
para los grandes temas invocar las grandes razones
estas suelen no presentarse románticamente gratuitas.
¿Habrá que comedirse para bailar entonces?,

¡qué inoportuna desestabilización! Pero calma, calma,
el piso no es el que se mueve, mas baila sin hacernos frente
el recuerdo un valsecito cojo y tristón. Mira
¡qué cómico, si se te ha desprendido un taco!

Gozoso nervio, travestida contrarreforma

La meseta traba la limpia línea de la inmensa explanada
de manera que esa seña que es en el horizonte apenas es
—habida cuenta de una gran distancia—

un punto

donde el viento y el agua esculpen viva la roca,
que es donde estos elementos pueden dejar este rastro,
es decir, en la meseta.

Este pequeño relato paisajista, que podría ser el tramo
que describe someramente el inaudito lugar
donde se sitúa el juguete de un niño, o el lugar menos probable
donde se sitúa el juego de ese mismo niño, luego dice:
hay que esperar al verdor, crecerá este
como alfombra sobre los despojos del invierno; un devenir,
un decurso más del tiempo. Pero abstrae como alma extrañada,
desterrada del cuerpo, por lo que se va cortando,
contando mil veces, el mito
vertebrando al corsé de la historia,
historia que es otro juguete, pero no como el de un niño. La conquista
travestida contrarreforma descorre de América
ángel en la seda pintado, invención labial
coral vena invertida del cielo. Ritual. Es lo que clausura

ponderando en un clásico canon de belleza; descifrara entonces
el ego gozoso nervio umbral cama
el olvido de su nombre heredado rostro persistido corteza
cerebral; adorno consume sacrificial. ¿El tono alcanza para enseña?

Enredado ensueño, bandera espumosa de su carnal
entrega; acezaba debutante pálida del recuerdo
decumbente duplicada su sombra en el techo. No
puedes quedarte aquí, deshojando vírgenes
—se lo dijo cansada, envejecida con los ojos tarde—
en algún momento se agotarán... Él no vio nada.

con sus ojos en cruz
el niño yace
clavado en su horizonte,

perdido. El testigo imposible
a distancia
continúa declarando. La meseta
sigue siendo su calma.

Se endurece en pasado

Fue en esa época de grandes contorsiones; ¡no, no!, no teníamos por qué vivir del aire; saludábamos, eso sí, al optimista nuevo día, así se presentaba este con toooda su clara inocencia a los que mediábamos otro transparente corredor. Estiró así su búsqueda en cada cual la duda una particular melancolía. Al respecto

te paso, por tanto, a detallar una o a lo sumo dos cuestiones: ¿quedaría algo de la fiesta de anoche? Pero de lo que hablamos ¿es de felicidad? No sé si captaste algo de la primera idea que te haga presumir, digo ¿esto no puede ser meridianamente claro!; en cualquier caso, es en la segunda idea que nos estamos jugando captar en algo, un asomo, no tanto como el sentido, pero al menos la intuición del sentido de esta vida: como el pan se enfría, una vez más cada / mañana / lo calentamos / en el tostador; al reciente pasado, sí, porque, en lo que se va tiñendo de olvido, este se endurece en pasado lejaaano, muy lejano, más rápido de lo que esperamos. Al desayuno,

¿te dijo algo acerca de esto tu madre, como en un juego que en todo caso... que todo esto ¡sí era un juego! en tu más tierna infancia? ¿O más tarde te contó nuestro padre, en una historia suya, por tanto antigua para nosotros, como esa del sentido demarcatorio del paso del niño a la adultez, signado en el traslado de los pantalones cortos a los largos? A ciencia cierta yo no lo sé, pero habrán otras historias como estas que olvidamos porque nos olvidan, ¡porque nos dejan una y otra vez más solos que antes! en la gran muda estación, sempiternos perdedores

del último tren. Pero no, no nos distraigamos,
el equilibrista viene hacia nosotros
—sus contorsiones sí que son finas, por momentos imperceptibles—
por esta, nuestra cuerda más floja, la
del espejo. La función, en todo caso, ¿alguna vez ha dejado de continuar?

Todavía no te has percatado

Merodeaba el ingrato
recuerdo; un intruso
esotérico, nada más que eso:
una magia desgastada, compuestos diluidos

de la imagen capturada
operando como si todo sustrajese: sistemas,
sistemas y más sistemas. ¿Trenzaste
el curvo espacio con tus pies? ¿Cuántas vueltas te diste
últimamente? Luego estuvimos
de acuerdo, debimos revisar nuestras actitudes;

las intermitencias del ánimo, sabes,
ellas suelen jugarlos malos pasados. Así
nos pasamos preparando esa navidad, corriendo.
Corrimos mucho como era suponer, sí, y sudamos todo el día
hasta que oscureció, todo por los regalos. Y
el tono festivo de estos... así se agotaba, lo graficaba ostentosa,
rimbombantemente toda aquella epopeya de salón; así

ocurrieron ciertos descriterios
por otros tantos malos entendidos, así
más de alguien perdía la cabeza ¿Cómo es que dijiste,
todavía no te has percatado dónde quedó
la tuya? En una nube o en algo muy etéreo
conforme sus pensamientos diluyeron. Así quedó
también materialmente como rastro; ahora se halla
suspendido en el aire; atomizado nuestro contexto,
solamente sucede, y ahí está: un paisaje de Seraut,
nosotros entramos en el cuadro y entonces somos
un par de esos, sus personajes puntillistas

ulteriormente nos mezclamos con la niebla, ella nos habla
con su voz de sueño vencido. Son ellos entonces,
los personajes más difusos, los del último plano,

quienes nos cederán sus lugares. Sin embargo,
el reemplazo colorístico aboga por nuestras circunstancias,
lo que ya es solo un consuelo, porque ya no alcanza. ¡Te lo dije,
te lo dije tantas veces! Pero cómo podríamos saberlo,
si ni siquiera sabíamos quien advertía a quien.

No hay espacio para una serena contemplación
¡el tur nos apura! Más ven solo nuestros zapatos... el apuro,
somos ciegos espectadores, y... ¿ Mañana, ni siquiera esto?
El divisionista tic-tac definitivamente ya no es
de este siglo. Tampoco este celuloide.

Metáfora de rebote

Pero, culpas en lo obvio... Ellas cuando más
sentidas perlaron ingratos despojos, desde los altos
a la bahía una cruel despedida, ¡tan, tan lenta!,
lenta en su espejo portal a cuestras;

cerro lo inaccesible
del horizonte marino
en la espera, nuestra agreste
mareada danza, sin lugar

a dudas; reuniríamos fuerzas, esperábamos nada
mas saber envolviendo letargo la siesta otro domingo
cansada fiel de sí misma, allí, de la tarde
¡odiado puerto querido puerto!

en el dormitorio. Así. Nos dejamos aguardar un paso más
en la bañera, de la convicción concluyendo el ciclo
en devastadora sutileza una magna tarea de aseo
ridículamente innecesaria consumía, ¡tan pobre razón!,
nuestros mejores dialécticos esfuerzos. Desde luego
nadie convencía a nadie, ni el que se quedaba, ni el que se iba,
aún afinando la percepción. ¡Oh, Valpo, Valpo!
en medio de ti ¿qué buscarte? de la irregular
perla ¿tu paraíso perdido, tu simbólica presencia al desvelo
entre líneas, metáfora del rebote
de los ojos a nuestra lengua?

Una insignificante acotación al margen concede
vislumbrar un estado más resignado en este ahora
sutil encanto contagiarse a la vez primera de verse
confiadamente en ti; desarme hacia el esqueleto del vuelo trabando
la suficiente altanera clásica pero mentirosa verdad de la belleza;
deberías admitirlo, las terminaciones de los más suntuosos frontis
neoclásicos de tu casco bancario no están a la altura
del estilo más total que ostentas.

Pero las muchachas en temporada primavera-verano, ellas sí
están a tu altura, bajando desde tus cerros a tu plan
se dejan ver en todo su vital cárneo esplendor
despreocupadamente comiendo helados —avenida Pedro Montt—
en su natural manera, en su única manera —como tú no hay otra igual—,
manera posible. En esto, al menos, se puede tener
una razonable certeza,

a vuelo de pájaro

esta paradoja como díscolo catalejo
desde los cerros hacia el mar ralenta lo observado,
esta otra cruel despedida.

Ni siquiera rosas de plástico

El zócalo aún no estaba listo; ejercitábamos mientras tanto el tono, cómo sería que nuestra palabra sonaría más convincente. Al público traspasa esta nota, es importante complementar con el dato espontáneo. Estando ahí

ella con su manía del orden y la limpieza. ¡No me corrijas! Si no me equivoco, tu horario descompone aunque a tu reloj mecánico le das cuerda todos los días; muy loable todo este inútil lujo. Tardaríamos, entonces, análogamente; y recorrimos en vano todas las ferreterías del sector céntrico. Solamente más tarde nos vinimos a enterar de lo que buscábamos eran rosas rojas verdaderas. Pero, qué hallamos, rosas de latón flotando como estepa en este paisaje plano de suave e inmensa continuidad, dulcificando su agreste solo en el documental; parpadean sus rígidos pétalos a las tres de la madrugada

en las retinas que hace mucho se han quedado obturadas. ¿Sucumbimos aún al amanecer. Y qué se espera de nosotros?

Mañana con su sola ausencia declarará con lo no revelado su verdad como un niño, entre risueño y burlón. Se habrá salido para ese entonces de nuestro espacio con su epílogo. Se habrá salido con la suya, desvaneciéndose. ¿Lo que vendrá después en la vigilia será consecuencia lógica de esto?

Acordamos —solo como medida precautoria para nuestro seguro discurso— con el pasado, por supuesto, y antes de subir al podio, la destrucción de ciertos papeles comprometedores. Esto se imponía.

No es hora

No, no es hora de exclamar, el ridículo acento
lo impide; él así no lo quiso; tú lo disculpaste
pues el aséptico albor de otro día laboral apuraba. Algo convincente

el inmutable. Una vez lo dijo, hablando de un desusado modo
pero familiar; pues no tenía por qué serlo: él,
él venía desde muy lejos, antes de errar
por esta tierras en su extranjera sombra

en el viento que migra para ser tornado
en otro: modelado, al desgaste de sigilos en la roca
de esa fe, levita, con sus últimos gestos de buena persona
sumando pliegues se reacomoda en este ateo,

claro, ya habrás de saber: en la divina ley topamos, pero
te incorporas desafiante... un rato, más tarde
disuelto en el halo de tu senectud
cansado de clasificar objetos, y recostado situar trabados reposos.

Estábamos fuera del abigarramiento del cesto de los juguetes,
pero después ¿solamente escarbando en las narices será
que lo que residíamos relajados, al borde de la ronda... fue sin poder salir?

Mientras que para cada cual los demás eran los que solo jugaban;
con excitación en esa intuición así lo entendí, pero más tarde
ya viejo. La verdad
es que aún me cuesta este país.

Gracias a dios amaneció con sol, saluda la vecina, va a ser un lindo día;
eso esperamos los escépticos también; o dicho a nuestro modo:
algo que sea,
una buena loción, algo con que alegrar narices respingadas
que sea.
Un tanto chata. Esta nueva patria.

No pesa más que una hoja

Como no se definía aún el horizonte
intentábamos dibujarlo, respectivamente
cada cual en su pupitre; hubo gastando... ese amanecer
cuando de grafito en el sueño aparecía jirafa,
un gamo, o cualquier otra idealizada bestia
saltando... de su representación, a ser
de verdad. No pesa más que una hoja, gamo o pantera, de aire,

del aire, carrera del viento; fármacos
para adormecer, finos distingos por no poder
ver... después de tanto mirar. Pero guárdalo en tu cajita para luego
esperar la mejor definición —lo que tú imagines nos dijo el Principito— ;
te esperamos a la entrada con el solcito que ya apareció por completo,
qué agradable; toma, tráeme una gaseosa, pero quédate
con el cambio. Una domadora de serpientes
podrás creerte, y con tu flauta
establecer el puente mágico del sonido, pender de él;

de la vida por ese invisible hilo. ¿Te hace gracia?
Sin embargo los árboles en hilera consienten
la arboleda, en ser tal
anulando al individuo a favor del conjunto
a la vera del camino;
nosotros solo la recorremos, en este paseo

por el verde y mullido seto en el esparcimiento sientes cómo cada vez
una posible silla —de la madera de esos árboles—
ya no será cena sino trabajo, ya no será trabajo sino diversión,
ya no será precisamente ni descanso, solo aburrimiento, la teñirá
la defunción sucesiva de cada nueva utilidad. Pero dime,
dementemente cada uno podría ser como cada árbol de ese parque,
desapareciendo en arboleda, eso sí, la empresa se haría insostenible
para muchos demasiado fijos en lo uno, al encapsular en el concepto
definido como sano juicio. Al rechazar el grupo. Alguien murmura:

silencio, quiero oír, esto no es un paseo cualquiera; luego grita:
¡silencio, por favor! alguien al parecer ha pronunciado mi nombre. Sí, sí,
lo raro es que nadie me conoce aquí. Las deudas y obligaciones las dejé
en la otra ciudad. Ellas podrían servir como pruebas.
Pero ya me he comido una, como prueba justamente,
la otra empanada se enfría. Buen café ¿no? ¿En qué estábamos?
Ah... sí, en ese dibujo
de la primera parte, la caja
continente de las tres siguientes
estrofas... y en que solo parece,
solo parece, no decirse nada, no decir
nada. Una hoja menos o una hoja más entre millones
en el follaje
cortando nuestro horizonte. ¿Cómo es que mejor se define, entonces,
nuestro posible animal?

Nuestra precaria realidad

Era como si no ocurriera; en realidad, conspiraban
céntricamente las periferias desmenuzadas
de nuestras dispersiones: oh sí, las alergias,
los aleluyas, las traspachadas de siempre
nos conferían cierto aire distintivo, como de gran sapiencia
que en todo caso ¡no lo pretendíamos ni por asomo!;
uno puede terminar falsa, inconscientemente siendo
lo que aparentaba lúcido, y ese oportuno “te amo”
pudo muchas veces salvarnos la cabeza;
pero hoy el horno, cómo se dice... no está para bollos:

por el guión archirrepetido
—¿desprecio; yo, un malvado villano madurón de teleseries?—
culebreándonos nuestra precaria realidad; ¡bah!, igual te quiero
conquistar en la mínima
fiesta de tu enigmática leve sonrisa
Mona Lisa, la interrogante / quiero gastártela / la pintura de la tela
de tus labios, de todos tus labios, así también
en la risita de tus caderas cuando acogen
desguarneciendo el centro,
el velludo centro de tu rosáceo privado húmedo carnaval, y

lo que el pez espada fisgonea solamente decapitado
en la mansión del gran señor
solo como trofeo, en eso de que con caña de pescar
en hazañas para este deporte “eso sería todo”, o
al menos, esto sería hoy
por hoy... Pero, ¡hey! adulto mayor, digamos que
como variante alterna, con munición de escopeta —ya en tierra—
que se desperdiga circular, abriéndose
como luz de foco escenográfico
como para no fallar a corta ni a mediana distancia; algo así
mejor considerar, otra revancha para no errar.
El último cartucho. La cabeza de este alce.

Toda esa parafernalia, un cuento baladí

No sé por qué, pero el olfato debía ser la clave.
Ningún pelota realista vendría a cuestionar
esta opción; ahora, cómo saber de nuestras narices
en el origen de esta visión: un pernoctar agitado
bajo ese manto lineal de la concepción infantil
del mundo en ese momento... sin utopías ni rizomas,
sin ir a las más profundas y trascendentes caóticas ramificaciones,
ese no abrir los ojos para ninguna otra realidad
que no fuera la ya aceptada, la más superficial, la más lineal
nos hacía felices a nuestro modo —al menos así lo creíamos—;
ninguna cosa extraordinaria, nada en la alteridad,
todo así como el adorno de sobremesa
cumpliendo nuestra anodina función,

pero, ¿éramos felices realmente,
siendo de manera descarada
funcionales a nuestros sentimientos en esa ligazón
con toda esa parafernalia de actos y objetos
habituales del consumo
amarrándonos al vicio de lo cotidiano?

El silencio suele reconocer a los culpables,
sabe hacerlo en su paciente disposición de eternidad
para con la conciencia, aun la sin compromiso,
de cada cual, perdido en su banal gesto:

oh sí, la frente del fatuo que ahora se exhibe
altiva y menospreciante. Después de todo, erecta
la nariz de madera es la que solamente crece en el paradigma
de este cuento como mero miembro acusador
del renegado resto del cuerpo de vulgar pino...
¿Es por esta razón que este arquetipo vive solo como juego,
el rito muerto de la carne? Nada de que preocuparse
¡qué menos real que esto! Oh sí, claro que sí...

Persistencia material

Se guardó el secreto sin querer
porque si algún cercano le hubiese inquirido,
él, sin dudar, se habría explayado
en esa liberación.

En tanto ya no recuerda
—a través siquiera de algunos eventos
los más significativos en su vida—
cómo fue que envejeció:

Los pliegues de su frente
—más que el triunfo del tiempo sobre la materia elástica de la piel—
denotan una expresión de cansada y profunda tristeza,
callan estos vivos pergaminos uno sobre otro
como conformando el plano del grosor de un libro cerrado;
estos tienden a abrirse solo a veces
a contraposición de los músculos faciales
en fallido intento de abanico
por el insinúo inesperado de alguna pálida sonrisa.

Aunque el contenido del aquel lacerante secreto
en los días postreros de su edad más tardía
ya se ha borrado de los pliegues interiores de su cerebro,
el corrugado de su frente sobre sus ojos
se empeña por fuera como imagen
que proyecta, a los que le vamos a ver,
en mantener presente
el recuerdo de esa punzante pena
y sin embargo ya vaciada de él.

Esa perpetua humilde mirada
bajo esos tristes pliegues.
¡Ah!, esa frente infinita. El signo seco de la pena.

Que no se note pobreza

Mira ¡los hermosos colores de la campiña! ¡Oh sí desde este borde de la ciudad se pueden ver!

Supimos de esta sombría periferia una década mas tarde solo al dejar de ser niños, hasta antes era solo un cuento, uno de terror o a lo menos de misterio. Sí,

un tabú para nosotros impuesto por nuestros mayores, ese prohibido margen. ¿Te cuento? Esta pobreza una vez palpada como carne, oprime al corazón. Un gueto que lo anochece todo. Ellos, casi dos tercios de la población completa de esta ciudad, los marginales raen allí, bajo las caústicas cenizas de las industrias del blanco poder que queman y oscurecen sus subordinadas pieles; en los bordes, lejos muy lejos del hipócrita centro del elegante vestido residencial tan minoritario de lo más exclusivo de esta gran urbe.

Tan lejos está este Santiago, el de su correcta hermosura, con la dictadura de su luz, del Santiago de su sombra oprobiosa que proyecta, el de su incorrecta fealdad, tan lejos está.

Desde esta alegre campiña de finos viñedos, sin embargo, el borde aciago y mísero de la urbe que la mira es apenas una franja trashumante, parece no existir.

Una descomunal diferencia

Linda la res en lo que uno dice
y en lo que el otro contraría.

La vaca blanca a manchones negros
pasta sobre el verde
prado de su propia verdad. Y

el valle, las montañas que la res no piensa,
el pasto que come y no piensa: Todo esto
como su propia verdad

al pasar del bus
miramos por nuestra compartida ventanilla
en los improvisados estetas en que devenimos
casualmente
de viajeros entre una ciudad y otra,

y como divergencia hinca la duda
no en la vaca
sino en nuestra propia idea
de ella;

una descomunal diferencia
al alejarnos raudos
en lo que vemos del animal
se nos encoje
al punto ortográfico terminal

y es lo que es. Es en lo que deviene el rumiante
final de este texto.

La imposible máquina circulatoria del deseo

Había quedado algo de eso relegado
a sí mismo; una suerte de mano girando,
mutando... los sutiles mecanismos, hasta ese punto oxidados,
del deseo iluminante. No te encuadres
en este artefacto como si fuese estático en lo literal
en que deposita por litros lo que logra rezumar
circularmente de la cadencia ardorosa
del sudor de nuestros cuerpos, el motor,
desde hace tantos años hasta esta parte... Me lo dijo
de esta misma manera, sin más,
como si casualmente, en su limbo, La novia,

al tanto que era yo, en esa época, uno de sus solteros... Sí,
así mismo, aunque en ese entonces yo no lo supiera: era
la edad acérrima del espejo masturbatorio... Esa época
era. Ella con su cualidad de diosa dando
vueltas, al nocturno cielo
salpicándolo de blancas manchas estelares, Hera. Y yo... no sé
si su pecho goteante
por dicha
mano o boca
gozosa, apretante,

onanante. El cuerpo plano del deseo
entre las dos placas de vidrio, era; era lo que Hera. A través de él
la habitación adolescente, algo de ella se podía ver quedando atrás,
de la máquina veloz al lentamente
estacionarse. En esa vereda. De tanto en tanto
espejo retrovisor
Eros mediante

al vacío convocados nosotros... ¡Éramos nosotros! ¡Nosotros H-éramos!
los célibes deseantes... esparcidos como blancas manchas. Y ella... Pícara,
aunque escondida

en esa fría, congelada
imagen, con algo de tacha, con algo de inútil aparato
estigma clitoreoestigmatizante
el punto del beso, ese nunca hallado, abriendo
a ese otro mundo —al que pensar— queriendo
huir, imposiblemente, de su inevitable cautivar de la mirada,

de su esteticidad; habíamos quedado
en algo de eso relegados, plegados
entre los dos vidrios
en un retrato
—a pesar de todo, a pesar de su propio autor—
para la sala de un museo.

Una víctima

Salió corriendo treinta años más joven
de la película hacia las butacas. No,
no era actriz, sino una demencial circunstancia
protagonista del aciago libreto de su propia vida, la

gárgola bajo la lluvia sobre el techo
de su frente. Así, tal cual, cuando se vio
reconocida en la tortura, no se aceptó
en lo que gemía. Esa deconstrucción... Implacable,

la que creía pétrea fortaleza de su aplomo
derrumbándose y levantando esa inmensa nube de polvo gris. Fue
la última escena que alcanzó a ver
antes de abandonar ese cine.

Pudo salir
en quizá qué extranjero lugar del mundo,

pero siempre de su propio país y... aún en
dictadura. Para gritar
el silencio
treinta años después
otra, otra vez.

De ir a parar al tarro de la basura

De verdad, complica tener esta cierta sensación como de estar perdido, aunque sabes que no, pues ¿no estás acaso al dominio de tus parámetros?; mas esto es un adentramiento en una extraña zona de verdad que uno no conoce de sí. Cuando el ratón escapa de un mortal acorralamiento ¿podría describir, hacer el mapa de una de las múltiples aristas de este perturbador sobresalto? ¡Alto, área restringida, prohibido el paso! debiese de advertírsenos, antes de ser subsumidos por dicho páramo de paredes laberínticas, a fin de dar en tanto perplejos nosotros en sus muros ignotos y amenazantes.

Poner un freno, en seguida esmerar el celo. Ocasionalmente guardamos ciertos objetos insignificantes hace tiempo merecedores de ir a parar al tarro de la basura... pero son los fetiches impensados del dislocado acuerdo con nuestra noción de realidad... por omisión; te lo dice en ese tono de reproche la frase: “no sé por qué guardas esos cachureos”. Pero

hubo un tiempo dotado de un cierto esplendor, un tiempo de un aura más feliz, que solo ahora lo veo. En aquellos años las ganas eran otras, aunque... tus motivos, sí, el idealismo... Esa enseña que después, ya más sistémicos, escasea tanto. Incluso el ave fénix nos flameaba con su fuego, nos hablaba por ser más jóvenes. ¡Qué olímpico desprecio al temor de una muerte inútil!

Pena, en tanto hoy, una estrategia de alertas tempranas, una serie de signos dispuestos en carteles camineros por las rutas del cerebro frente a los paisajes del ánimo que transitan. Tuve esta idea como quien disfraza asertivamente la mentira antes que esta nos delate en tanto el reloj sí sonaba en su falsedad ostentándola impávida aquella reciente pero ya añeja fotografía, y otra noche adviene con su indolencia eterna de edades interfectas, de ser otra noche más. Por morir...

Y uno perdido en medio de esto
¡tan, tan pequeño! inventando otro precario
día siguiente por venir. Otra conmoción, pasajera,
sí, suele pasar, no bien amanece y la luz esplende. De verdad.
Solo una noción
de verdad.

La última kawéskar

Te permites ignorar tu propia savia
Y el vaso de piscola destiñe en caoba transparente
El rojo intenso y grueso de esta ira
Los jirones antes argénteos de la Luna que
Brillan pupilas aullantes
Al son mudo

Del oído de la noche

Cuelga morena y alta de estampa
Digna como india alacalufe que es
De ese disco de plata ahora sanguinolento:

El exterminio de la última kawéskar acontece
Como suicidio en un vano, en un rincón de nuestra propia frente
Que es toda su amplia frente rota
Allí
Cuando vio desaparecer su mundo

Anotara el cronista
Lo que ahora duerme en un libro de historia alternativo
Inconsulta en las aulas oficiales donde llora
Gime siempre la pobre verdad
Violada.

Y el cerumen vanidoso de la riqueza y el acomodo
Que no escucha
No quiere dejar escuchar

Del habla de la noche
Su verdad
Oscura y cobriza
Esa parte ignorada, quizás mayor o más pequeña
Pero que está en nuestra propia sangre mestiza. ¿Y tú? Solo te embor-
chas.

Cajas de resonancia

Aquí tienes, esta carta... El problema de lo que leerás
no reside en cuál verdad aloje allí o no
objetivamente... Una sujeción a nuestro lejano pasado
por parte de nuestro pasado más reciente, es lo que denota
en su sustrato más subjetivo —lo sé—, pero es lo que con más verdad
acusa: Los sujetos aún rondan
—este es el problema, el verdadero problema—
en los objetos que les sobreviven
abriendo de cuando en cuando la puerta
al vacío de las palabras con que se los designa.

Comprenderás por qué el vicio de exacerbar cierta dañina memoria
en las cajas de resonancia de nuestros objetos cotidianos:
en el sillón mimado cuando el traspase de las lecturas;
en la común silla de comedor al resalto de tu hermoso talle de hembra
amante compañera; en el adorno de porcelana blanca y en el libro de turno
contrastando sobre la oscura madera del esquinero...
Los objetos más diversos, todas estas cosas, multiplicadas tantas veces más
comprometiéndose con nuestra intimidad y
como anclas al fondo acuoso de nuestras vivencias
nos retienen sentimentalmente, por cierto, pero no solamente al interior
de nuestra morada; ¿ibas también al cine Valparaíso
—ubicado al centro de esta ciudad, a un costado de la plaza de la Victoria—
en nuestra niñez, te acuerdas?
¡Oh sí, lo recuerdo, también iba!
Pues bien, ya no existe, en su lugar se alza ahora un nuevo
centro comercial
fagocitando con él a casi toda esa manzana. Perdura sin embargo allí el
fantasma
de nuestras memorias... desde los infantes de aquellos tiempos hasta
ser adultos
en que solíamos transitar por frente y al interior de aquel bello edificio
¡cómo nos cobra! con la palabra añoranza. ¡Aló, aló! ¿Sigues allí?

Bueno, y pensar que este tratado de no agresión vino tanto tiempo
después,
después de que los desertores ojos de ese primer reencuentro no supieran
creer
en los sinceros reparadores cambios que estaban viendo...
Ahh, si para llegar ahora a reconciliar todo, todo fuese tan simple
como decir más vale tarde que nunca,
tarde puede ser nunca. Ahora. ¿Importa ahora quién
o si alguno acaso tenía en ese entonces la verdad, cuál verdad?

Y pensar que perdimos en esa última mudanza
—justo antes de mi solitario regreso a esta patria—
ese álbum de fotografías familiares, allí los presentes
de esa nuestra época conjunta de exiliados, y que ahora ya no están
¿podrían, solo por obra y gracia de sus presencias
por ventura hoy darnos ciertas claves? ayudarnos
a desentrañar estas inquietudes, esta sensación de vivir cortados
por la mitad en un par de extrañezas que
se reconfiguran como imágenes de cierto sueño
extraño y recurrente, inquietante: un calamar del aire reteniendo al huracán
de esos, nuestros besos y abrazos de encuentros y desencuentros, y
esas llaves emplumadas, esas raras aves metálicas del alba
cernidas sobre la noche de la céfala puerta
que precisamente accede o cierra a este soñar
en el transfigurado trasfondo
de esta historia de nuestra ya más lejana realidad.

Presentes aún, hoy en esta feria social del consumo
nos decimos ¡salud! unos a otros
frente a tanta pequeña anécdota
como motivo suficiente para seguir viviendo
en la persistencia embriagadora de su licor,
de la espirituosa calma pasajera de sus enrojecidos ojos. Luego
de la ocasional fiesta de cumpleaños
en la que cada cual no se habrá controlado lo suficiente... Bueno, sí,
del día siguiente, el reloj del atraso, en mi caso
era el semáforo de la esquina
a la entrada de mi extranjero nórdico lugar de trabajo;

la frecuencia del intervalo de las tres luces era suficiente para dimensionar temporalmente con intuitiva exactitud cada particular preocupación que allí —en ese aún joven entonces— pudiese haber estado persiguiéndome. Sí, entonces, todo lo transable como bien de consumo, todo aquello de apariencia férrea e inamovible del sistema acosando la existencia, se desvanecía en una bocanada: ese ajeno espíritu posesivo saliéndose por la boca como el humo de un primer cigarrillo de la mañana.

Heridos en el ánimo, en el espíritu del tanto transar contradictorios pareceres y ataviados con nuestros apurados trajes urdíamos antes del obligado viaje al destierro la malla de nuevos encuentros y desencuentros: quién sabe si vive aún... creo que se fue para Europa o Canadá; o: no, no, no, ella ya no vive aquí, es lo único que le puedo asegurar. Hay una movilidad íntima pero febril en esta espera en esta búsqueda a transcontinentales distancias a pesar de la rigidez de los músculos, a pesar de estar sentada como una momia. Partió dejando trancos sus estudios; una desterrada... mas ¡ha vuelto veintidós años después!, este es su país pero no el de sus hijos... ¡Pobre ilusión de cicatriz! La herida sigue abierta. Ha debido nuevamente de sangrar, de emigrar abandonando todo esto, su país natal.

Endurecida espera; una privacidad más, apenas contenida, desemboca en impaciencia; desesperada intimidad delatada por nuestros propios gestos. Estuvo casi media hora esperando... No, no dijo nada, solo se despidió de manera casual como quien va únicamente a la esquina por más cigarrillos. Pero, terco uno, se inventa otra explicación más lógica, más ordinaria que esta, por enésima vez... para seguir aferrados a esa última salvadora posibilidad.

En el regreso final, en medio de esta tercera edad
acucian estos tiempos de descuentos... ¿Desvivimos
solo para deshacer este mal cuento?
Sí, ahora solemos jugar a desafiar al límite la dureza
—¡oh paradoja!— de nuestra cansada y más sensible piel
con el cruel ácido de decirnos siempre la verdad...

Venas del tono azul más oscuro de nuestra roja circulación
pulsaciones masturbatorias en estado de venganza
por tanta espera
la imprevista sombra de la muerte
agazapa al gesto: oblicuos ojos frente al supuesto enemigo que no es otro
que su propio frustrado objeto del deseo:

la mano
blande el arma
el fálico acero empavonado de marcial tono
del revolver 45 o de la automática 9 milímetros
y un etcétera y etcétera para los atiborrados arsenales del paternalismo
neoliberalístico del poder... Habiendo el recurso sido extremado
hasta el paroxismo
bajo vulvas guillotinantes
de otra incompleta liberación —femenina, esta vez—
las cabezas machistas caen dentro de sus propias mentes cortadas

y mira nuestro caso:
hoy solamente una madura-casi vieja
pareja heterosexual
por separarse. Más de treinta años después
del Golpe
otro anónimo daño colateral más.

Estadías

Capturado hado, hado, hado
por tres el regalo de su sexta primavera. Dieciocho
cumple el hijo sin militar en esto cacofónica
la multiplicación de su ironía. Resuelve fugarse. Pero la seguirá
frecuentando toda su vida como a
su único amor. ¿Un invento de su autocompasión?

¿Cómo no omitirse... y más, después de ufanarse?

No, no lo creo. Concluiste: disponemos de una vista,
de una relajada y bella vista, toda la bahía nuestra
larga y exultante de estío a nuestros ojos
de punta a punta. El marco
gigante y perfecto de este natural teatro
porteño con bordes de inmensidad. Tiñe

la periódica fe de un retorno. Nave oceánica
desaparece o emerge por el inmenso horizonte
navegando el signo del otro
ser, aquel que siempre joven
quisiéramos, ubicuo de todos los puertos,
viajero iconoclasta del mundo más conservador. Así
alivianando estadías, siempre joven,
ocupando la sola habitación verde, siempre joven,
como su migrante paso, siempre joven,
por el jardín a la entrada de su pensión. Baja
el cerro corriendo, las monedas en sus bolsillos
imprecisando a saltitos el tintinear de otros momentos
otros recuerdos

y al asir su evocación más amada
sus bordes terminan difuminándose
con otros recuerdos. Conturbada, borrosa ella
ya casi al desaparecer pero sosteniendo la mirada:

no soy la mascarona, te insisto —le dijo—, otra es
la proa que cala el cerebro
de esta imagen. ¡Así no me querrías
por Dios! Con aire de diosa

Vesta. No le creí.

Para liberar su destino de mí
redimo sus sendos golpes —cuando al marcharse—
en mi cara, la cual es verdaderamente
su propia cara. Esta puerta, con su cubierta de espejo quebrado,
la que ya nadie vendrá a abrir. Nunca, nunca más.

La ración de un día

Así no más están las cosas; mejor que se marchara.
El celular suena sin gran novedad; tómatelo
con calma, las llamadas, la gran mayoría de ellas
flotan por ahí como islas... Pero
aísla una, contesta a su reflejo

flota en el sutil y frágil cristal de las enésimas burbujas
como espuma, en la bañera
las porosas blancas nubes inestables sobre el agua
desdibujas con tus suaves mórbidos desplazamientos
en despreocupado arabesco, un efímero graffiti;

sobre esa blanca espuma difumina
tu celeste. Aquí no es el mar
en este cielo que no es.
Nos desdijo el profundo

azul en la ración de un día, esto recién comienza. El caso es
que sacian sirenas y tritones su sed de otra forma. Y aquí
que no es un Olimpo, ante esta pequeña inmensidad
de convexos reflejos que chispean
con cada burbuja que estalla
el convidado de piedra que no quiere ser
uno, es un podemos —en este cielo, más bien, de escenografía casual—
hundirnos, antes que el agua de esta tina
en la más débil voluntad nos rebase.

Tendríamos que hacer durar más la ablución cuidándola
de la pasión. Ella,

ella, por ahora... No, sí, sí... Por ahora no. Voy a colgar. No puede contestar.

Sueños, lámparas tenues

Tenemos esa vaga sensación
como de estar asistiendo incautos
a la representación de una escapada;
los verdes años trepanan
con su taladro de lo adeudado,
mas nunca el postrer sonido
fue una luna o una escoba;
gracias, pero como sinestesia no te lo recomiendo.

Despegarnos dando gracias, justamente,
entonces, un embrollo superficial —se dijo—,
¿era solo eso? pierde cuidado. Abre la cortina ahora
el olvido se empina casi plásticamente ¿ves querida?
como el bello giro de una bailarina
elegante en su limpieza, menudo en su pasar
desapercibido, un final clemente

meciendo la derrota de la edad como ajena ave medieval
el pomposo apellido cae del escudo nobiliario
al Caribe inverso de los sueños, lloviznas
lámparas tenues. El clásico violín se queja conservador
triste de los que no le escuchan:

en la ergonómica mesa de trabajo que ocupa un computador portable
yacen algunos objetos ajenos sobre ella arrimados:
artefactos antiguos, ya perinidos, sin utilidad evidente:
un teléfono de bronce con base de madera, una victrola
y diez o un poco más de sus inmensos discos negros de grosero espesor
uno sobre otro; esto se debe seriamente de considerar:
la triunfante viva opulencia tecnológica del momento
interroga agresivamente a lo que queda de humildad
de la antigua opulencia hoy ya muerta; mas nos habla de aquello
que sin embargo le sobrevive: su arcaica estética
de lo desechado, enseña opaca ésta; grada un opio, repite lacustre

el eco húmedo de la lengua, enseñada de los espacios de ayer
¿vacíos que deja en desorden el actual lenguaje? Pídele calma,
después de todo se le explicó más de una vez, te las traerá,
a pesar de su propia voz. Sí, él opuso un término grave, desatinado
lo gritaba en sus ojos; pero no te retractes,
hay una pretérita permanencia, alterada o no,
ocupa hoy el rastro de nuestras huellas en cada entrecruce y... mira:

descascara la tercera mano; no bastó con este grosor,
el sol siempre hace lo suyo; aparte de agrietar sin piedad
la pintura del exterior de nuestro hogar,
indaga inmisericorde, también, en lo que puede del interior
entre el polvo de los muebles que se acumula
nos delata en nuestras ausencias su espesor
pero en tanto que siendo polvo en suspensión
en su fina permanente caída sus espirales rozan
nuestras inconsistencias. Pero insistimos en desplazarlas
dentro de ese tiempo imposible. Insistimos

materialmente
por el carril imaginario. Imprecisos sobresaltos.

Hacia el interior, alejándonos

Una brisa tenue y helada, casi
tímida se pasea por el soleado

recinto, una plaza, ¡destápala,
destápala!, ella insistía, y uno

claro, el merodeador. Gritóme
entonces, ella era así, por nada
encolerizarse: podía ser un ángel
también un día... y otro no; roe

el alba los márgenes de las fiestas
hasta el último tramo el hilo
del carrete; aventurados fines
de semana, tras cartón nos íbamos

hacia el interior, alejándonos
de la costa; crecimos
triangulando una sucesión de verdes
sombras; tan levemente cambiamos
que no nos dimos cuenta, que hacia tal
radicalidad, ya eran secas y pardas; dilo,

solamente dilo, cuál podría ser
la amenaza; que el zapato, que la cartera
agregaste; tres inyecciones, y la rebelde
gripe que no para. Una vez allí recién

caímos, en que el poderoso ímpetu
del sol, ¿era lo que nos mantenía
firmes?... En fin, lograba sacarnos
del tedio, una vez más... por lo menos,

en medio de la resaca
pleno espacio interior del día siguiente
buscando la placita estival hecha de fachadas ajenas,
más precisamente, arquitectura de exteriores
encerrándonos. Podremos deducir que, todo
esto, otra superficie, otro casual gesto

mucho menos comprometedor, acompañanos
por igual, casi desahuciando el rastro más mínimo
del idealista; aún no sabemos nada,
si se conserva o no. Y es odioso

admitirlo, pero las constelaciones de estos crayones
son más que meros coloridos albures de la falta
de motricidad fina de aquel...
infante; de aquel rayoneado alegre, casi un pecado,

algo guardar, de aquel cuaderno
el pedazo de aquel paisaje; esponjamos hoy
por hoy, en sueños: caídas más benevolentes;
¡oh sí!... somos casi un milagro, el... que,
en el césped
bajo la primera sombra
de un árbol que se nos dio, estemos vivos. Aún

necesitamos sí, esa llave
francesa, está demasiada rígida, pero
dale otra
vuelta... piensa un poco más
alternamente, morder,
el testamento espesa un futuro negado, acciones
cotidianas deshilachando; ella con su gracioso acento,
en rigor no, no habla castellano, sino algo
que se le aproxima

en el corto
metraje; solíamos esgrimir,
de este, sólidos
argumentos, esteticidades, manejos
técnicos, por lo menos, sino... más artísticos,
cámaras más ágiles, flotantes
virtualidades del giro, el guión
su síntesis más precisa, etc., etc. Pues bien. Ahora
la ansiedad. Ahora
con una sonrisa se la sobra.

Lo didáctico nos exige: trámite de divorcio

Lentamente recorre luminosa
gracias a ese gesto frecuente
en sus labios, su sonrisa su salvación,
su optimismo supongo.

Porque grises lecciones hubo en algún verde segmento
de esa alegre expresión. Permeó sin embargo la sempiterna
circunstancial definición de lo divino más tarde. Tú
¿lo podrías haber evitado, cómo es que perdimos? Es tiempo

de sus vacaciones; mañana volverá, habrá de condolerse
de esta ruptura, de este nuestro nuevo estado. Seguro que sí,
consolidada la reciente estructura
el campo de lo didáctico nos exige, o
un polígono de tiro al blanco meciéndonos la cuna, o
podría ser peor, mucho peor. ¿No? ¿Y si vinimos antes
de nacer? Y entonces ya,

¿no hay fatalismo en esto? Porque
inevitablemente te alcanzarán
los paquidermos, nuestros cansados gestos de lo por cumplir
también se duermen de pie, y... de abandonarse
echados, recostados
sobre sí mismos, lo más probable es que se asfixien.

Te amo
—otra luminosa sonrisa—
yo también te amo mi amor.

Con la turgente gracia y suavidad de la cereza

Cómo es que el poniente ahora secuestra
la hora esclava, hundiéndose
en su pupila roja; danza feroz
un pintor el aire a brochazos
con el arrebol; se pierde
pesadamente por tales nubes... Lo que he debido
como algo así decirle, y a esta imagen fermento

con la impotencia del gesto suspendido
en esa misma atmosfera que no consigo
plasmarme en dibujo comunicante.

¡Para, para, para, para!, después continuas,
el sol comienza a esconderse ¡pero míralo!
tras el mar —interrumpe ella con su eco de sirena
iterando tamaña insensible
impertinencia— con la turgente gracia y suavidad de la cereza
de sus labios y lengua, cual si fuese la misma fruta madura
de su sexo lubricando y... Sí, te empantanas en su goce
y ganoso... ¡más te hundes! Si la perdonas... siempre. Ahora

es que se empieza
a ser más por viejo
que por diablo. Ahora,

admitirlo,
supone una destreza mayor... Después de las nueve
fue que volvimos. Ella quiso llegar a tiempo
a la comedia de la diez. Prende el televisor.

Intermitente molesta sombra negra

Lentamente, espera entre los dientes
la palabra, emítala; unos zánganos
dos, tres vueltas inútiles, alejándola
de la miel; ella invertía denodados esfuerzos
por parecer espontánea, simpática, seductora:
medias negras caladas, faldita corta, muy corta
como su mirada inquieta y coquetona, a saltitos de un lado para otro,
se podría decir, generalizando un poco, sin residencia
fija en esta tierra; soñaba con estruendos, con los ecos
modulados en el indisimulado placer de su voz; y uno
por las piedras, despacio,

despacito, despacito, esto no era asunto de caer, así
como así, tan redonditos. Y... nos opusimos, por supuesto,
como voz de sindicato en esa época de utopías posibles,
era una sola. Entonces la estepa de los derviches, asolada
por el ataque de la caballería ruscana cosacos y esas vainas
escena que se prolonga al infinito, circuito cerrado, circular,
el celuloide 35 milímetros con su tap, tap, tap, tap, desplazándose
imagen en la gran pantalla por sobre nuestra cabezas en su haz
y esa intermitente molesta sombra negra como hilacha al centro sobrepuesta
a la proyección; sí, eres una especie de mal entendido permanente
con la vida; la injerencia despótica de un destino manifiesto, a creerse
el cuento, digo. Y no se fíen de esto, un espontáneo
malestar. Ella, ese hilachento fantasma
habría preferido ligar con sentimientos
toda la noche: abría compuertas,
obsolescentes trabas virginales, toda la noche.

Las hondas huellas celan, invierten infructuosos esfuerzos. Pero,
paga por su actitud coquetona con los ecos
cielo del indisimulado placer; delatada una vez más
por los zánganos esclavos de su voz. Ambrosía
para su sed ¡ambrosía! Por favor, un vaso,
¡un vaso!

Entornando nuestros sueños (o, cuando solíamos acudir al cine)

Estuvimos tácitamente de acuerdo. Hicimos como si importara confirmar las reservaciones por lo demás extemporáneas, y fuimos a nuestro encuentro. Pues allí estuvimos esperando

bajo la marquesina entre los gigantes carteles promocionales de los más recientes estrenos; ingenuamente actuales, pensábamos liberarían sus rehenes los conjugados tedios

allí congregados como secas ramas desprolijas historias saludando galantemente a la cara ni me acuerdo de ella quién será; pero se disolvían

partículas en la savia idealizada del beso brote tierno apasionando, bombardeando renovadas la nueva... y ¿quiénes serían esos dos? ni siquiera esta vez, de su asertivo descaro, pero te relaja saber allí está la imagen, en movimiento otra vez.
¡Y qué importa! ese gran beso como final

si las ideas amigas de lo ajeno entornando sus ojos tamizan lo que dejaran de nuestros sueños. ¿Cómo saber entonces lo que este pobre paisaje residual nos depare?

Subirse a la grupa de esta precaria ilusión —entre el jovencito y la niña— comporta brincar como si hubiésemos sido bendecidos, así, naífmente, como de renos navideños lo que levita en su bajeza comercial de TV, antes de comenzar el film,

nos lo hizo saber la vida por anticipado en un preciso ademán en el tipo que nos mirara de soslayo al vendernos los boletos.

El responso sufrido de nuestra piel

Estos divertidos licitadores
se los encuentra a mansalva, en la primera de cambio
que nos depara todo piso, en el choque mismo
de su ambigüedad, de lo que tan livianamente
solemos uniformar por realidad. Si no fuera
por ti cariño: hay que transar; el gesto reparador... en cuanto al amor
de pareja —por ejemplo, en este instante aquí— cabeza gacha, sale silente.

Rotábamos, pues en esto, un enorme corazón
paseándolo por el centro
en un compartido tórax de insistencia; caíamos
—por supuesto más tarde, más bien de noche ya— presas
del temperamento. La autoridad no atiende las razones

de la pasión desbordando sus más caros fluidos. Respetábamos
por lo tanto, al violáceo indicador de los golpes en la carne
responso sufrido de nuestra piel;

el incontinente pagando
por sus excesos, distráese de su responsabilidad
como portero traspasado por un gol de media cancha.

Políticamente correcto el denunciante, a su vez,
no tiene por qué no ser uno de los palos blancos.
El resto de los asistentes al estadio podrán siempre aplaudir,
lo que haremos todos

a uniformidad corderil. Salimos a más tardar
después de terminada la función.

Ella ha agotado todo su arsenal

Fue un momento curioso, nos desprendíamos del sello
pantalla descendente; tiernos necios compuesto oleoso
nuestro mixturado humor, nos decía: camine dos cuadras
y luego doble a la izquierda, así, como amistoso dato transeúnte,

no sé por qué, pero dependíamos de una suerte de espasmo
que debía darse espontáneo: ladeó dos grados su cabeza
como queriendo escuchar íntimamente a su hombro derecho
solo para decirme casi susurrando: ¡te amo! como fatal femme
musa de cine, apagando la tele en ese preciso instante.
Esa pampa de dudas

paradoja hoy, la mejor apuesta de juventud, solamente que entonces
no lo sabíamos, por supuesto, negligentemente alegres, crecíamos
como pasto del sur. Luego el borde del prado supuso
una mueca de repentino dolor, pues ya éramos

agriamente adultos. Con nuestros cortes y recortes. La fragante yerba
se conduce veladas impropias; con sus eróticos gestos
—que ya no vienen al caso—
ella... ella lo sabía muy bien, cumplir
con su rito previo. ¿Y era en esto que se mentía, pero
quién mentía, acaso yo?

Pronto montará en la noche su repetido intento fallido
por sodomizarla; ella ha agotado todo su arsenal
de ortopedias viriles, todas sus bellas groseras frases
como artefactos vibratorios
para convencerla, para amancebarla, los discos
ya antiguos de vinilo, desenfundados lucen unos sobre otros
en su estante como tortas
negras de mil hojas brillan... Seductoras... Como huidizas sombras
dominatrices con sus negros arneses y látigos de cuero...Y sí,

tenemos más que algo en común en nuestra noche, ella
y quien habla —macho contenido—,
desde luego, no es solamente lo que genera
su carne y la mía, una sola
desnuda, en el roce dentro de su natural herida,
en su bonhomía de madre continente... sino el resabio
de todo esto que late como sustrato rendido
en el acostumbramiento. Grafiquémoslo
de este modo: en la pasión perdida de
un beso que aún intenta volar. ¡Qué curioso. Y ya sin alas!

Es que son llamativos

Mira esto: cristales gránulos azules
del cielo caen... ¿Pero, no los ves? Le dijo a ella
que ostentaba espléndida toda su fe
en sus ingenuos límpidos bellos ojos. La parca, ella,

ella suele estimular sus vínculos
con nuestras vidas. ¡Cúbrete, por lo que más quieras!
de aquí en delante de la muerte. A otra brecha
con ese puente, lo interesante pasa por lo alterno:

acumular bolígrafos vacíos en el primer cajón
del escritorio como sutil signo
de resquebrajamiento cartesiano. “Es que son
tan llamativos” —nos decía como un niño,
de sus transparentes colores en acrílico—
“no están como para botarlos; fíjense bien, son
entes brillosos y coloridos, desde luego,
no parecen algo así... muy fáciles de desechar”.

Por tanto, no es que sea el problema
el hilo de la madeja de los obsesos coleccionistas
energúmenos con patente al día,
el asunto es que no se dejan ver en sus puntas
todos

los días por cualquier gran ciudad, ellos esperan
con ansias anudarlos en la cola de todas las luces rojas
de todos los semáforos que por ventura se les crucen,

si llegasen a salir a rotar el mundo por sus calles... En cualquier caso
Apollinaire ya lo había dicho: del verde al rojo
todo el amarillo muere.

Pero bueno... aquí estamos

Estaríamos desterrados fatalmente
uno del otro; drama doméstico;
límite del recuento de aviesas
responsabilidades de lado y lado
por llegar a una amigable solución;
nos hacíamos esa quimera, de brillos,

pero se desvanecía, así, sin concierto. Una densa
orilla... en la espuma nos advierte del inmenso horizonte,
obstáculo más que promesa, pero
ninguna rezagada estrategia tendría por qué faltar, si

las construcciones que tanto nos costaron levantar
se caían. Pero bueno... aquí,

aquí estamos
frente a un café cortado
al aire libre de esta tarde
en plena primavera porteña

charlando,
tratando de salvar toda referencia al lugar común
la indefectible carga de nuestras obviedades,
somos

de los agitadores profesionales una paródica falta.

Fue amor a primera vista pero nunca se hablaron

Se supone que he de seguir, mis viejos opinan
lo mismo: sal, destruye la terca estaca de este racconto
¡qué te detiene! Mintieron esos árboles
simulacros de un paisaje documentado
con su buena sombra a través de la ventana. No,
ella ahora no está
ahí; promovía cepillos de dientes
con su sensualidad

en un supermercado. Lento o rápido, según convenga,
miro y camino como en un papiro
de lado. La sigo así
es de perfil que se interpretan con acierto
estas raras estrías al fondo de los pasillos. Nos sorprendemos
en esta impensada ruta portando nuestros equipajes. Pero sí,
se retiró hace media hora, es lo que se me dice.

Daría cualquier cosa en este momento, mas, en otro no,
si no la conociese; entonces
despertando con tos... me quedo aquí, le espeto
al guardia... ¿Fue una imposición esa... omnipresente
mirada? Claro, él no supo qué decirme,
pero sus ojos parecían consolarme... o

¿era solamente lástima? Estaba sentada
en mi preocupación
no la veo, es cierto, aunque sus ojos me seguían
no me veía ella tampoco, ¿estará tan sola como yo? inmersa
en su propio mundo. Tampoco nunca más me vio
por segunda vez.
¿Tardará esto en corregirlo el tiempo
si estuviese a favor? pero en fin,

los corredores escapan de sus números
¡las frías cifras! Y esto, ya fuera del supermercado,
gruñó por bastante tiempo,
hasta que cicatrizamos —me gusta pensar así, incluyéndola—
de nuestras heridas... La noche cae
aún en forma de día... Y eso
que nunca fuimos, nada.

Con nuestro aceite

No nos engañemos, permitimos que así fuera
en lo que se refiere a las manchas en la pared
nos perturbaban, pero no,
no es menos cierto que ellas
nos humanizan; sí, lo saben

desde siempre; podrán ver esto
cruzando correctamente por la esquina o
a media cuadra, atolondradamente
disparejas, claro, suelen no estar
de acuerdo: la asepsia más que una virtud
puede ser una cómoda posición —disparaste—
desde donde no arriesgar nada, nada de nada,

solo que hoy lo podemos tocar, esto
se teñirá con nuestro aceite. Una limpieza
desprovista de amor reclama más pasión,
otro engaste, otra impostura para incomodar al
salvo; que no me lo advertiste, cumplíamos,
solamente cumplíamos... y

salvarlo de verdad llevó toda esta vida
su disparejo vaciarse, solo para volver
al comienzo de este laberinto.

La evasión, sí, sí, eso es; pues, no dejó de azuzarnos
en el macho, lo que retardaba
esa acción: una enredadera de erecciones
trepando al exigido, anonadándolo
en un cursi ensueño. Ya vendrán. Esperen,
esperen nomás...

El surtidor desbarranca su leche, un río
desatado por la continencia hacía al huracán
o demasiás de galán... era lo que hacía.

Bajo un cielo radiante
sin nubes ni manchas un inhumano cuarto:
ahora ella se desnuda para ella
sola, para ella misma.

Desde atrás, inundando exilio

Minas, minas, minas; recurrencia del minero, jaula nocturna
negro espesor a la mirada. ¡La lámpara, la lámpara! dijimos. Y ¡no!
una vez más, pero nos sorprendíamos en ese mismo lúbrico sueño;
luego te vas así como así. ¿No eras tú el interesado?

Las recaídas suelen preguntar en una lista —infinita solo en apariencia—
de gestos perezosos domesticados, y yo no,
decimos, no me comprometo a nada. Sal, sal a la puerta,
derribaron el añoso cerezo de la calle, mira
qué vacío, qué desértico sin su sombra se ve nuestro antejardín,
qué tristeza la de Kurasawa
realmente, qué triste se pondría
su película... sin los cerezos en flor
no sería, no, no sería ese mágico ensueño. ¡Qué desconcierto! En fin,

¿en qué estábamos? Ah, sí, vegetales, y minerales ahora,
los estímulos; respiremos
aguas arriba lago Victoria fuente del Nilo,
no sé por qué África, pero sí
drume negrita, drume negrita, es este tema
de jazz con afro, mucha percusión y vientos mientras escribo
cálidos saxos y trompetas, y el piano detrás
desde atrás inundando poco a poco; ya esplende rojo ahogando
en un ocaso más. Al sol. Repetimos el soliloquio... ¿una vez más? Sí,

pero, ¿cómo es que no se es sino el otro el que apuesta
sin tener otra vez con quien de este poema
compartir la baraja? Nos muda
el alma. ¡Cresta! cómo te la explico:
vengo del sur, latinoamericano. ¿Te dice algo Chile?

Sí, despreciativamente sudaca. Comamos mejor
pan con mortadela PARA PASAR POR LA HORA
DEL ALMUERZO, no nos hagamos los lesos inmigrantes,
si siempre abundamos lo pillos; vana incursión europea por robar y
una fácil escabullida. ¿No, no nos gusta? Digamos mejor

qué grato es estar aquí, al menos aquí... se puede seguir soñando.
Por esta noche al menos, sí. No prendamos la luz del retorno entonces
por esta noche. Otro cerezo en flor.

Absueltos

Sugería lentamente el abrazo. La segunda oportunidad: decir, facilidad de madre y padre... Ahora un poco más lejos de esta emoción, no estamos —decimos— para estas cosas, la ley del más fuerte... ya no,

no nos incumbe. Los hijos hace tan poco que se han ido por lo suyo. Ahora acopio ciertos objetos, le digo, esos que no ves allí.

Pero desechamos aquel pacto, resultaba impropio para nuestro rango de eternos adolescentes, esperando a ser seniles solamente al último tramo, al del asilo de ancianos.

Ahora acopio ciertos objetos —le insisto con un dedo en la frente— estos que están aquí, en el fardo que no vemos. Y

gatea sobre la cama para devolverme
su frente. Recojo
su fardo,
como ella recoge el mío:
su piel ahora luce joven y es vértigo, también la mía;
entonces nos amparamos en un “esto no es lo que crees”
y lloramos en este último trecho, quedamente,
por nuestras arrugadas vestimentas que dejamos
desordenadamente por el suelo. Pero ya

tranquilos, absueltos del cargo... No sigan tan tristes
si fantaseamos guerreros y princesas todo el tiempo
desde niños ha sido así. ¿Una estúpida fantasía ahora? ¿No,
no lo es? ¿Qué nos juramos?

Nuestra realidad
asumida ahora es una estocada; del corazón
la fugacidad del tramo, esta vida que se nos escapa
nos compromete en esa sola escena... la del melancólico puñal.

Pero, ¿qué es lo que haces! Darte otro abrazo.
Futura facilidad de abuelos. Está bien, pero no,
por tercera vez creo que no,
no te lo diré.

Incitar mostrando fuerza y dosilidad, o, Apenas una rendijka

Parecía que ella sí, entrañaba, creaba
la simulación exacta, pues fríos cirios
creíamos aquesto era la realidad, cayendo
en el foso insidia de por medio. El arco

de esa certeza vibra inexacto, el pulso
de los músculos, brazos y manos tensando;
el vamos lo dio el golpe aquel, el blanco era
más que un lugar, luego esos 17 años
de interdicción, mesianismo de por medio,

quedábamos base de la piránide un montón
de carne viva para moler; droga, incauta al pueblo,
desarrapados nautas, pinocho con su cuento;
¡desprevenidos, llorad! Ese piélagos destiñente
cannabis satírica, sospecha de no estar sativa
en lo que se cree, hay humo

el humo de tus ojos, la leppora, there is smoke in your eyes
interviene bifurcando desde la lengua, desde ese imperio
premonición carnosa sus perfectos labios. Mayores,
sí, sí, ya son mayorcitos, debiesen ser más responsables,
más operáticos, más inexcusables, dexcía la abuela vértice
en mano, coloquiando arcaísmos, nonadas, cosas
y más cosas, cosillas todas sin la menor importancia. Pero

aquí hoy no estamos todos tan convencidos. El traqueo animal
corrompe la lengua y no nos termina de devorar
el significado, debe volar más lejos
que el signifiante, demencia senil desbordando
más sentido que cualquier pasquimiento diario, la pobre,
¡pobre, pobre e incomprensible abuela! Habiendo estamos

de aprender el fox-trot paso de su alcanforado desfase;
el traqueo animal no nos termina de devorar, como pueblo
continuamos siendo sacrificados; la sangre debe hervir
imperceptible por supuesto, mínimos grados; nos enfrentamos
a saurios y reptiles, a la copa de grial
rebasando su mito la helada savia. Solo un poco, más allá,

más allá está la cánula jeringuilla, el fortín la cobija
con su camuflaje de recto varón, allí invade mínimos eme eles
permeando todo el torrente, sólo una dosis debiera bastar
bastardamente, evacua... ¡Madre no lo diga! Aquí no
no ha lugar para estigmatizaciones, se ha abusado
históricamente ya mucho de esto, y esta ¡pobre, pobre realidad!
quien dice: “es sucia tu aura”. ¿Con qué autoridad?

¿Con qué derecho? Entónanos. Música, música. ¡Música incidental!
¡PORFA, eso es, eso es, esperaría cualquiera la terminación en... VOR!
con ínfulas, sentado en su butaca, el traslado cinematomágico
a otras latitudes, a otras eras. Eras, eras,
eras en serio, que jugabas con tus sentimientos: una maquilladita
a non plus ultra utilitá, ecce hommo. ¡Pero, ella qué pretende!

Su descaro no tiene precio, gusta
incitar mostrando fuerza y dosilidad
al roce impío de cualquiera con su erogenitá

quiso equidistar tanto “clíto” a un “ris” de su casta castra lengua
tanto expolio. A esta otra rivera. ¡Anfibios:
el día se nos ofrece empaquetado con un plus atardecer
de postal, combo dos por tres! Conviene, aunque más sea el pago
con tarjeta de crédito al mayor robo hormiga mega-amos mercaderes
santos ungidos, loados salvadores guiño inconexo de toda bondad,

pobrecita fe tercermundista de cuerpos países sin ojkos
para verse así mijmos. La otra dijo que sí querida, contéstale
mi amor. Entraña posa ubicuos sus ojkos en el no-cuerpo
de esta autópsica paradoja,

recubiertos de carne como somos, la defensa artículo anquilosanto
un no-decir, es más un rito,
silencio al tacto, un débil ritmo
quizá un solo tono.
Monótono. Esto, en todo caso, no es un canto. Apenas una rendijka.

Así es como las treparon

No es que me cueste, pero sí, con esto sirve; tú podrías hacerlo, más por ayudar... Con el dolor las cercas crecen y... el crepúsculo pronto nos inundará de púrpura pulpa. ¡Aaah!,

cómo extrañamos ese cielo involucrarse frutoso con los tonos más suaves el inocente que solía pasteles antes que el decreto certificado lo infectara todo, antes que terminaran de convencernos del infiel con sus descreídas

parsimonias; aunque las necesitamos ¡compañeras!, para otra fe, o cortadoras de pasto, para después de su labor poder correr por la afeitada cara hosca de otro mal día; ella la otra fe, lo admitía a regañadientes,

a regañalengua... más para adentro, nos dijo: sólo unas cuantas varillas. Componían su cerco, así es como las treparon libidinosas las hojas, con su pasión de tactos meticulosos enredando todo el frontis, hasta el tope;

pero por las ramas a las obreras
hormigas que llegaban dicharacheramente
nunca nadie las llamó, así de esta forma
una a una: toma esto, es lo que te tengo...
¿Esperaría crecer en la última hoja
el especial gesto, casi como una sonrisa?
Pero mañana será el día calendario, formalmente
se darán los agradecimientos... de rigor
la gerencia un galvano, medallitas para olvidar

en un cajón
los antelados pasajes esperan su resurrección
al subterráneo cosquilleo promesa eterna
de vacaciones. En fin, esperaríamos.

Tercas aspiraban las horas el enrarecido
humo con que las manteníamos a raya, así se nos iban.
Y el día pasó, así lo quiso ella,
en el deshecho renegrido de los cigarros... la noche. Así,

sin ser expertos tirábamos con ellas
que sí lo eran. De 48 inviernos
los osos somos testigos, esperamos testificar al alba...
Pero pueden pasar, en el refrigerador hay cerveza.
Hemos dormido hasta el cansancio. Ojalá valga la pena.

Prueba al menos

Prueba, al menos tratar —vistiéndote de ti mismo, me dije—
de recordarlo; unía filmando situaciones dislocadas de sus tiempos,
distintas épocas, pero no lo sabía, las giraba en su fragancia de hembra
y por el espasmo provocado se sonreía de mí húmedo su clavel

hablando soltura y suficiencia al son de las campanadas, bailando,
desde el poblado vecino, su cuerpo; pero no, tal cosa
resulta imposible de admitir
—le dije, al tiempo que ella cerraba su cajita de música—
habiendo tanta distancia hasta la ciudad más próxima y

dando por descontado abril en su metrópolis en eso
de lluvias mil, el traspaso alevoso de una estación a otra
desconcertaba, más que los tantos kilómetros
de un paisaje abstraído a una nada rica y diversa
en la palabra campiña... o en la frase paisaje campestre,
entre ambos puntos,
con el estival traje de fiesta que usaba para tal ocasión;
mientras “yo no sé de estas cosas”, aseguraba
con el amplio rictus, pero tan primorosamente medido
de esa jónica sonrisa, clásicamente hermosa,
casi como un ejemplo
de vida, dando al feliz compás frambuesa cálidos besos.

Hubiésemos permanecido placenteramente recostados
en las hamacas dentro de esos carteles publicitarios
dando envidia a los grises transeúntes del invierno
con nuestros sombreros de paja tras la vitrina
a pleno sol aguas turquesamente
transparentes, de cualquier agencia de viajes; porque estábamos allí

para el sortilegio cuasi sagrado en el juego de las apariencias
la pedicura guiñando el ojo amable desplazado de su concentración
expresando el enojo con una sonrisita de apoyo, por moverte tanto.

Y por cierto, esto debiera por lo menos darnos una medida
del ejemplo, tanto así, al... mismísimo pie
del lenguaje
contradictorio de los gestos que adquieren disfraces ad-hoc
alquilados, por último, para la ocasión,
tal como el ladrido de un gato... o el maullido de un perro,
concretamente así,
como de la no tan relativa recurrencia de dicho argumento. Sí,

las palabras casi siempre suenan a voces reconocibles, es lo normal,
es lo usual, como lo fue en cierta época el traje hecho a la medida,
siendo hoy por hoy, casi imposible de hallar;
como lo es en esta implicancia
en los tonos del consumo teñido de presente y
que adquiere ribetes dramáticos en los postmodernos sueldos
de hambre. También a veces trasunta
patético en su indiferencia lo forzado,
como el incómodo diálogo en el estrecho marco de una cordialidad.

AGRADECIMIENTOS

A mis camaradas del “Centro de Investigaciones Poéticas Grupo Casa Azul”, pues sin el sustrato del fermento enriquecedor de las ideas creado con ellos, y sin su aporte concreto de acciones, este proyecto personal no hubiese sido posible;

a Ximena Rivera —importante voz poética de este puerto— por su valiosa opinión, en la valoración positiva de todos estos textos, y en la resolución más precisa de aquellos cuyas problemáticas de sintaxis y/o estéticas ameritaban su discusión;

a mi esposa y a nuestros hijos, a cada uno por su particular voz de aliento y acción de apoyo.

* * *

Dedicado todas las personas de mis afectos
y a todas las que se descubren con la poesía.

Índice

Prólogo: El más peligroso de los bienes	
TIRSO TRONCOSO	5
Fantasmas que reímos	9
Por el claro	10
Aquella serena simpleza	11
El horror después de todo	12
Jamás se lo creyeron	14
Esperar la vuelta del reflejo	15
Una empresa de ficción	16
En algún momento	18
Las exclusas	19
Constancias, son de grillos	20
La piel muerta de Mona Lisa	22
Nuestra inesperada representación, o, El misterio de pertenecerse	24
Algunos tonos yuxtapuestos	26
Una lenta retirada	27
A otra cosa	28
¿Y si los trajiste...? (Eneas antes de partir)	29
Faenar la Luna	30
Él entró	32
Nonera así la cosa, o, Una muerta balada	33
Refulgentes sombras	34
Esos lentos ventiladores	35
Un tiempo para crear dos universos o nada más que el paralelo de este	36
Andróginos, o, Una buena cosecha (O, Del valor del arte en su inutilidad)	37
Sol cetáceo frente a Valparaíso	38
Retrato	40
Síndrome de Peter Pan	41
Repliegue	42
Reclinemos el asiento	43
No nos han dado nada, o, Sí somos americanos... también	45

Marionetas desarticuladas	47
Expuesto costado	48
Del zombi ella carcomía	50
Cobra inusitada importancia	52
Cierre del negocio o el arte de reír	53
Camino de regreso	54
Ayer hallamos libros gimientes	56
Atrapados bajo un imán	58
Aunque besó y amó	60
Como un caracol	62
Consoladores en forma de aviones	64
¿Cuándo nos pescamos?	66
Difícil reconocimiento	67
Ejercer la fuerza	68
Gozoso nervio, travestida contrarreforma	70
Se endurece en pasado	72
Todavía no te has percatado	74
Metáfora de rebote	76
Ni siquiera rosas de plástico	78
No es hora de exclamar	79
No pesa más que una hoja	80
Nuestra precaria realidad	82
Toda esa parafernalia, un cuento baladí	83
Persistencia material	84
Que no se note pobreza	85
Una descomunal diferencia	86
La imposible máquina circulatoria del deseo	87
Una víctima	89
De ir a parar al tarro de la basura	90
La última kawéskar	92
Cajas de resonancia	93
Estadías	97
La ración de un día	99
Sueños, lámparas tenues	100
Hacia el interior, alejándonos	102
Lo didáctico nos exige, trámite de divorcio	105
Con la turgente gracia y suavidad de la cereza	106
Intermitente molesta sombra negra	107
Entornando nuestros sueños (o, cuando solíamos acudir al cine)	108
El responso sufrido de nuestra piel	109
Ella ha agotado todo su arsenal	110
Es que son llamativos	110
Pero bueno... aquí estamos	113

Fue amor a primera vista, pero nunca se hablaron	114
Con nuestro aceite	116
Desde atrás inundando	118
Absueltos	120
Incitar mostrando fuerza y dosilidad,	
o, Apenas una rendijka	122
Así es como las treparon	125
Prueba al menos	127



Poesía
COLECCIÓN



La Pícarora de Papel